

EL FACTOR COMÚN DE ESTA EMOTIVA COLECCIÓN DE CUENTOS DEL ESCRITOR HÉCTOR HIDALGO, RADICA EN EL RESGUARDO Y PROTECCIÓN DE LOS ANIMALES, ASÍ COMO EN LA INTERACCIÓN DE ESTOS, EN MUCHOS DE LOS CASOS EXPUESTOS, CON LOS SERES HUMANOS EN AQUELLA MUTUA NECESIDAD DE RESPETO, AMOR Y LIBERTAD QUE LOS LIGA.

HÉCTOR HIDALGO ES UN PROLÍFICO AUTOR DE NOVELAS, CUENTOS Y POESÍA INFANTIL. EN EDICIONES SM HA PUBLICADO LAS OBRAS LA MUJER DE GOMA, RECETA PARA ESPANTAR LA TRISTEZA, EL PINO EN LA COLINA Y OTROS CUENTOS, LA LAGUNA DE LOS COIPOS Y CUENTOS MÁGICOS DEL SUR DEL MUNDO.

A PARTIR DE 9 AÑOS

ISBN 978-956-264-471-6



9 789562 644716

EL BARCO DE VAPOR



## Héctor Hidalgo Los derechos de los animales



sm

Dirección editorial: **Rodolfo Hidalgo Caprile**

Coordinación editorial: **Sergio Tanhnuz Peña**

Ilustraciones y cubierta: Andrés Jullian

© Héctor Hidalgo

© Ediciones SM Chile S.A.

Pedro de Valdivia 555. piso 11, Providencia, Santiago.

ISBN: 978-956-264-471-6

Depósito legal: N° 163.618

Primera edición: agosto de 2007, 2.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta Salesianos S.A.  
General Gana 1486, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

## Índice

<i>Las toninas</i>	5
<i>Morgan, un perro callejero</i>	15
<i>Las mulas de Nicolás Palermo</i>	29
<i>Rebelión en el zoológico</i>	41
<i>El misterioso caso del piso 21: Notas de un diario de vida</i>	51
<i>La bruja de los cien gatos</i>	67
<i>El caballo Manolo</i>	83
<i>Max y Betsy, dos ratas de laboratorio</i>	91
<i>El pavo Jacinto</i>	101
<i>¡Llegó el circo!</i>	115

## *Las toninas*

### **Artículo 1:**

*Todos los animales nacen iguales ante la vida y tienen los mismos derechos a la existencia.*

**L**AS TONINAS saltaban traviesas sobre el lomo del mar encrespado del canal de Chacao y la espuma de las aguas en movimiento acariciaba su piel lisa y brillante, creándose así la sensación de que estaban hechas de una especie de goma fina y compacta. Se veían muy elegantes con su traje oscuro y con toques pardos en la parte ventral. Eran cinco toninas nadando en columna y saltando al mismo tiempo, como si estuvieran representando un número acrobático para una exhibición en un acuario. Las toninas tomaban todo el aire que les permitían sus pulmones, ya adaptados al agua, para luego zambullirse por una larga e increíble hora.

¿Cómo lo hacen para no ahogarse si son mamíferos y no peces? Se podría decir que son ballenas muy pequeñas, aunque mucho más estilizadas, juguetonas, livianas e incomparablemente amistosas: son los delfines chilenos.

A veces, las toninas se acercaban temerariamente a los grandes transbordadores que cruzaban desde Pargua a Chacao, en el punto de inicio de la gran isla de Chiloé. Lo mismo hacían los lobos marinos, que se consumían mostrando su lomo redondeado hasta perderse en las profundidades del mar.

Las gaviotas acechaban tras una buena pesca y no faltaba la bandada de patos que cruzaba el mar en dirección a las islas, antes de que el escaso verano se fuera de la región. Las toninas vigilaban a los cardúmenes de peces pequeños que zigzagueaban de un punto a otro. Cómo les gustaba agitar las sabrosas manchas de diminutos peces, que más parecían plumillas balanceadas por el viento que seres en plena actividad de supervivencia, para después regresar a

sus saltos hasta la llegada de la noche en la inmensidad del mar sureño. Ese mar incontenible, oscuro, rumoroso y agitado como si fuera una sopa hirviendo en una olla gigantesca bajo las estrellas, en un cielo frío y limpio, sólo cubierto con nubes pasajeras. Qué grata era la vida en esas llanuras de aguas saladas y horizonte cortado por la gran isla de Chiloé.

Una noche, cuando las toninas se aprestaban para echar una pestañada, divisaron muy a lo lejos un extraordinario resplandor en el cielo. Era como los fuegos artificiales que lanzan los transatlánticos en noches festivas. Ellas habían visto tantas veces luminarias parecidas desgranadas en los cielos nocturnos, en medio de la bulla de los seres humanos que bailaban en la cubierta de las grandes naves. Pero esta vez no eran esas luces las que creaban formas coloridas en el espacio, sino una luminosidad extraña, como un árbol de luz que desprendía sus ramas encendidas y provocaba una verdadera conmoción en

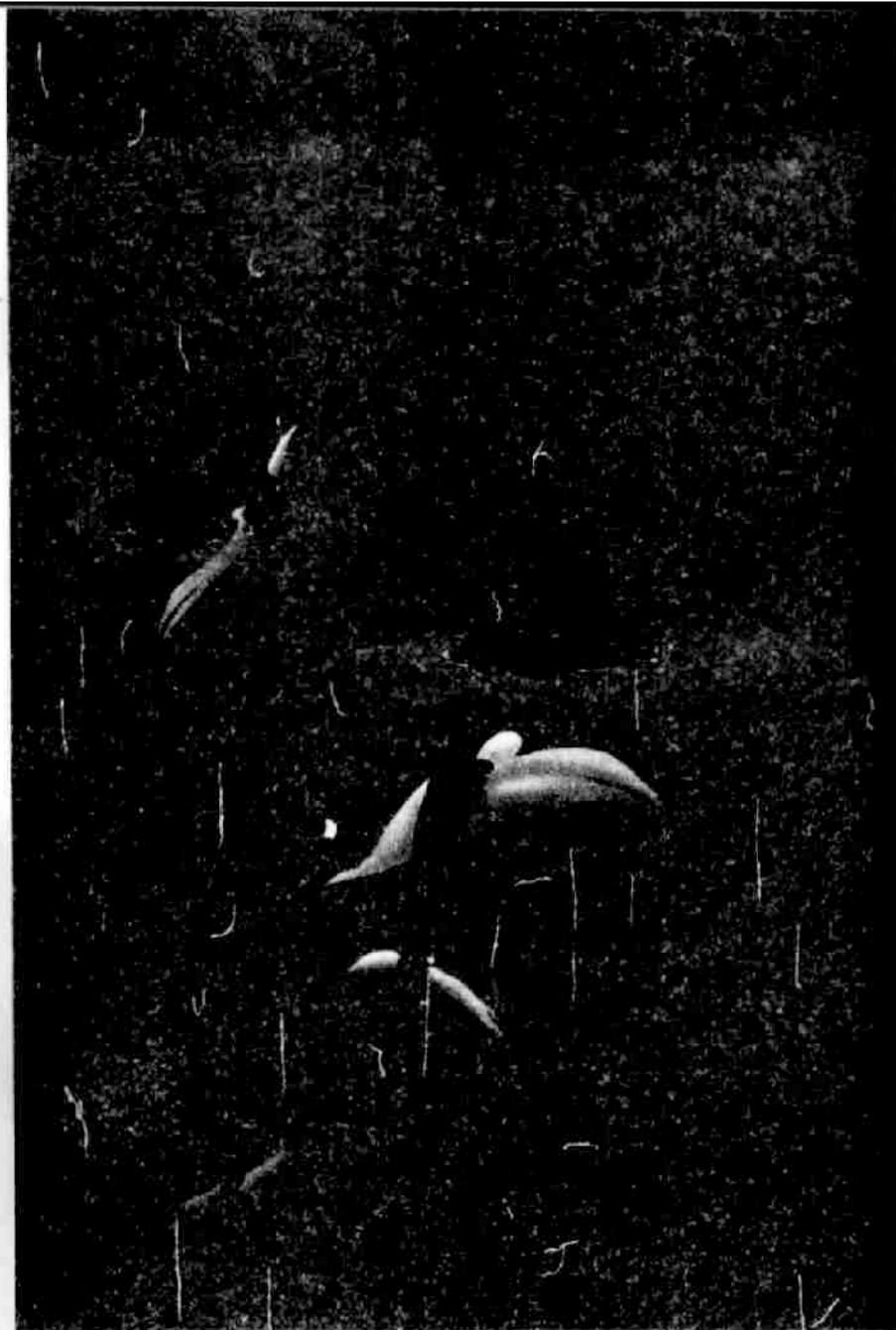
quien observaba. Esto ocurría una y otra vez, en intermitencias preocupantes.

Con el agudo chillido que las caracteriza se comunicaron rápidamente y dos de las cinco amigas toninas partieron a investigar el significado de las misteriosas luminarias lanzadas al espacio en forma tan regular. Entendieron que alguien quería entregar una señal, un mensaje que se comprendiera a la distancia. ¿Pero, qué sería? Las toninas exploradoras navegaron rápido, como solo ellas lo suelen hacer. En el trayecto no se entretuvieron en nada, iban con sus ojillos prácticamente cerrados, siempre apuntando hacia el torrente de luces que se diseminaba en el cielo solitario con explosiones escandalosas, iluminando grandes paños de mar aún no conquistado.

En el trayecto se toparon con muchos peces de apariencia bastante extraña. Flotaban sobre la superficie y estaban embadurnados con una sustancia oleaginosa y pestilente. ¿Acaso estaban ante un misterioso veneno? ¿De dónde pro-

vendría tal daño, inusual en un océano siempre en paz? Eran cientos los peces que, presos de esa sustancia oscura y siniestra, se debatían entre la vida y la muerte. Algunos ya no se movían. Las toninas exploradoras emitieron un sonido, mezcla de chillido y silbido, que se extendió a través de la noche, esa noche tan tenebrosa. ¿Cuánta distancia recorrieron esos mensajes? ¿Llegarían al resto de las toninas que esperaban noticias de sus amigas? Nadie lo supo.

Las toninas exploradoras ahorraron la mayor cantidad de oxígeno que pudieron para avanzar bajo los peligros que avistaron en la superficie. Media hora o un poco más viajaron bajo el mar para investigar, siempre dirigiéndose hacia el punto desde donde surgían las luminarias, de las que ya no dudaban de su significado: alguien estaba pidiendo ayuda. Cuando ya casi no les quedaba aire en sus pulmones, emergieron para ver qué pasaba y si ya habían llegado a destino. Pero lo único que encontraron en la superficie fue una mancha oscura y



brillante bajo la luz de la luna. También vieron un enorme barco hundiéndose irremediablemente y muchos seres humanos en botes, alejándose rápidamente del lugar. Del barco se desprendía un líquido oscuro y pestilente; era el veneno que mataba a los peces. Debían actuar con la mayor rapidez. Lo que más importaba era avisar a los demás peces para que no se acercaran al lugar de la muerte. Pero cuando quisieron tomar oxígeno para poder nadar en las profundidades, sintieron que sus pulmones iban a reventar y que estaban nadando en aguas peligrosas. Con gran esfuerzo bajaron a las profundidades y nadaron en dirección contraria. En el camino fueron avisando a los peces y lobos marinos para que retrocedieran, a otros los trataron de ayudar empujándolos para que se alejaran; esos peces que apenas aleteaban estaban embadurnados con la sustancia oleaginosa que surgía del barco. Aspiraron aire y sintieron que tragaban un chorro de agua envenenada. Bajaron con dificultad y sintieron

que casi no les quedaban fuerzas para seguir avanzando, pero debían llegar donde sus amigas toninas y alertarlas del peligro que les esperaba si seguían nadando por esos lugares. Avanzaron con gran dificultad, muy juntas, apoyándose mutuamente. Se sintieron mareadas, con un fuego recorriéndoles las entrañas, sin fuerzas y, finalmente, se dejaron llevar por la corriente de las aguas, lentamente, para emerger sin mucho control de sus cuerpos. Al salir a la superficie quisieron emitir por última vez ese chillido agudo, el que se pudo oír, con gran dificultad, en medio de la noche. Después se quedaron quietas sobre la superficie, como tantos peces muertos que encontraron en el camino. Cerraron los ojos en espera de lo peor.

Estaban tan débiles que no sintieron a tres toninas que las empujaron de nuevo a las profundidades y las arrastraron fuera del peligro de las aguas envenenadas. Nadaron con ellas toda la noche rumbo a los canales de las islas del archipiélago. A la mañana siguiente ya

estaban las cinco toninas recuperándose, dispuestas a regresar a sus saltos y juegos. Esa noche sintieron un gran alivio, pues en el cielo estrellado no divisaron ninguna de esas extrañas luces, las que ya no asociarían a las fiestas que se daban en la cubierta de las grandes naves donde los seres humanos bailaban con despreocupada alegría.

## *Morgan, un perro callejero*

### **Artículo 2:**

*Todo animal tiene derecho al respeto. El hombre, en tanto que especie animal, no puede atribuirse el derecho de exterminar a otros animales o de explotarlos violando ese derecho. Tiene la obligación de poner sus conocimientos al servicio de los animales. Todos los animales tienen derecho a la atención, a los cuidados y a la protección del hombre.*

**EI PERRO MORGAN** ladeaba la cabeza para observar al gordo zapatero remendón. Gemía y movía la cola, pero ante el primer murmullo de José, el zapatero, salía disparado a ocultarse en la acera opuesta del taller. Eso sí, lo hacía tan sólo con tres de sus cuatro patas, pues la izquierda delantera era más corta que el resto, por lo que no la usaba y prefería dejarla colgando. Más de alguien podría haber pensado que la

cojera había sido producto de un atropello, pero no, el perro había nacido así, contrahecho, cojo.

Morgan había sido criado en el glorioso barrio Franklin, a muy poca distancia del matadero y de las populares ferias persas o ferias de las pulgas instaladas en las cercanías de la calle Biobío, del viejo Santiago centro-sur. Este barrio convocaba a mucha gente, que llegaba por allí especialmente los fines de semana, en busca de objetos usados como revistas, libros, lámparas de velador a buen precio, discos de vinilo al rescate de recuerdos de años mejores, aparatos de radio a tubos (ideales para adornar una sala de estar), herramientas para el jardín a un valor más que conveniente y cuanto cachureo existe; claro, también arribaban allí por las verduras, las carnes y el pescado fresco ofrecido en los puestos típicos del barrio Matadero, contiguo a la feria persa.

El nombre con que se conocía a Morgan se originó una ocasión en que fue a dar un paseo por la plazuela Placer,

que queda en las cercanías del barrio Franklin. Aquel día, un niño que jugaba por allí empezó a llamarlo de un modo muy distinto (a propósito, nunca lo habían llamado de ninguna manera. Simplemente le decían ¡ándate perro!, para que se hiciera humo):

—Morgan, Morgan, pata de palo, pirata de los siete mares, Morgan. Morgan, ven acá —repitió el niño.

Al perro le gustaron esos sonidos, por lo que se acercó al muchacho, de quien recibió de inmediato una caricia sobre el lomo y después un buen pedazo de pan.

A partir de aquel día, lo empezaron a llamar Pirata Morgan. Pero él no podía saber que el apelativo "Pirata Morgan" había pertenecido a un famoso pirata aventurero que lucía un vistoso parche en el ojo. Además del parche, tenía una pata de palo y siempre cargaba un loro sobre su hombro. Todo lo propio de las románticas aventuras de los piratas dueños de los mares existentes. Sin embargo, el perro parecía sentirse muy

a gusto con tal apelativo, pues era la primera vez en toda su vida que alguien lo llamaba de un modo específico, y nunca estuvo en su conocimiento que ese nombre tuviera relación con su condición de perro lisiado... ¿Y qué saben los perros de cuanto se les pueda ocurrir a las personas respecto de su condición? Como fuera, la gente no se llevaba bien con el perro Morgan, seguramente porque lo consideraban un típico animal callejero.

Una tarde, Morgan emprendió una de sus usuales correrías por el barrio. Por supuesto que comenzó por la carnicería de don Ramiro y, como siempre, un duro hueso rebotó sobre su espinazo. En la huida alcanzó a escuchar la acostumbrada frase: "¡Ándate, perro sarnoso!". Pero, a pesar del dolor que el golpe del hueso le provocó sobre el lomo, Morgan regresó a recogerlo para degustarlo, sin importarle el improperio recibido. Después se fue a la plaza para ver jugar a los niños. Uno de ellos, quizás el mismo

que antes le había dado un trozo de pan, lo llamó:

—Morgan, Morgan, Pirata de los Siete Mares, ¿quieres un poco de helado?

A Morgan no le gustaban mucho los helados, salvo los de chocolate, pero para no herir los sentimientos del niño, se acercó y cerrando los ojos, con resignación, lamió el asqueroso helado de vainilla.

Después se fue a visitar a su humano preferido, aunque fuera el menos popular de todos: José, el zapatero. José era un hombre solitario y famoso por su malhumor. Todo le molestaba y cada cliente nuevo que llegaba con sus zapatos para remendar, juraba que no volvería a pisar el taller. Sin embargo, siempre regresaban, pues la pericia de José para arreglar zapatos sueltos, con medias lunas en la planta o descosidos en el empeine, era verdaderamente incomparable: ¡Si los dejaba como nuevos!

Era una tarde curiosamente tranquila, parecía que no volaba una mosca y

por la calle ni siquiera pasaban los automóviles. “Qué extraño que todo esté tan quieto”, se dijo para sí José encogiéndose de hombros, ya que si hubiera pronunciado alguna palabra se le habrían caído las tachuelas que mantenía apretadas en los labios, desde donde las elegía una a una, para después, con un certero golpe, fijarlas en la suela de los zapatos mandados a remendar.

—Ponerle Morgan a un perro resulta muy tonto, porque se están burlando de él. Pero como se trata de un animal callejero, que no posee dueño reconocido, no merece tener siquiera nombre—, refunfuñó José muy malhumorado, fijando sus ojos cansados en la calle. Allí en la vereda de enfrente, el perro Morgan parado en sus tres patas buenas, con sus ancas descansando en el suelo y moviendo permanentemente la cola, esperaba un mínimo gesto del zapatero.

Pero José no reparó en las señales amistosas del perro, puesto que inesperadamente se sintió tan agotado que



dejó caer su cabeza sobre el pecho, como si le viniera un gran deseo de dormir. Pensó que aquello no era mala idea, que recuperaría fuerzas y así terminaría antes de que acabara la tarde con la compostura del calzado, que lo tenía tan empeñado. El zapatero sintió tanto sueño, que no percibió dolor alguno cuando se le soltó el martillo sobre uno de sus pies.

El perro comprendió que existía en el ambiente un peligro inminente. Por eso decidió cruzar la calle para ver qué estaba sucediendo. Cuando entró al taller, vio que en el piso reinaba el desorden más espantoso. Observó al anciano, que estaba tirado en el suelo y respiraba apenas, de un modo muy preocupante, pues de su pecho surgía un ronquido sobrecogedor. El perro presintió que no se trataba de una de sus típicas siestas. Morgan sabía que las personas suelen dormir en los sillones, pero jamás en el suelo, salvo que les haya pasado algo.

Lo importante era buscar ayuda y rápida, por eso Morgan corrió por la

calle. Lo más difícil sería dar a entender a la gente que el anciano zapatero estaba en peligro. Esto le preocupaba porque nadie lo tomaba en serio y lo único que recibía eran burlas bastante crueles por su cojera y, lo peor, porque era un perro sin dueño.

El primer intento de comunicación tuvo lugar en la tienda de verduras y frutos del país de don Pablo Acevedo, pero de inmediato vio volar una cebolla que casi da en sus costillas. Después, buscando mejor fortuna, se fue a la peluquería de la señora Carmen, donde rápidamente un escobazo lo ahuyentó sin siquiera darle la oportunidad de meter la nariz en el salón de los secadores.

¿Y qué tal si iba donde el carnicero? Reconocía que no tenía apetito y si le lanzaba un hueso no le haría ninguna gracia. Igual, lo intentaría todo por el zapatero. De inmediato sintió un desagradable ardor en el lomo, porque el carnicero le había dado de lleno sobre su recurrida anatomía. Un hueso cortado con sierra eléctrica, es decir, filudo y dañino, había

caído sobre su cuerpo.

Con tantos esfuerzos frustrados y sintiéndose visiblemente angustiado, el perro se fue a la plazuela Placer. Ahí hallaría a alguien que pudiera auxiliar al zapatero José. En el lugar se encontró con varios niños que conversaban animadamente sentados en un escaño de hierro. Morgan, decidido, agachó las orejas y esperando la peor de las pedradas sobre su lomo, se acercó a los niños con la intención de pedir ayuda. Cuando el perro pensaba que todo se le estaba pintando con colores difíciles, uno de los niños lo reconoció y lo llamó con simpatía.

—Morgan, ¿qué haces por estos lados? ¿Te gustó el helado de vainilla del otro día?

El perro hizo un gesto de asco que el niño no reconoció y después levantó sus patas delanteras y se las restregó para tratar de que le entendiera su mensaje.

—¿Tienes una espina en la pata? ¿Quieres que te la saque? —dijo el niño, tratando de adivinar lo que el perro le

quería comunicar.

Cuando el perro vio que nada daba resultado, se puso boca arriba y estiró una de las patas que tenía buena, imitando con ese gesto a alguien que se está muriendo...

—¿Quieres que te hagamos cosquillas? —le preguntó otro de los niños, muy entretenido con lo que sucedía. Pero eso estaba bastante alejado de lo que el animal le quería decir.

—No. Esperen. Morgan nos quiere comunicar algo —insistió el niño del helado de vainilla, que se notaba conocía bastante bien al perro.

Entonces, Morgan tomó confianza y le lamió un zapato; después se puso boca arriba y simuló un ataque, tal vez pensando en lo tonta que era la gente, que nunca entendía nada.

—¿Zapatos? —murmuró el mismo niño con cara de pregunta.

—¿Te pegaron un zapatazo? Tremenda novedad —dijo otro de los niños soltando una carcajada.

El perro volvió a lamer un zapato,

esta vez perteneciente al niño que recién se estaba burlando de él. Enseguida, gimió, agitó la cola e incitó a los niños para que lo siguieran.

—Estoy seguro de que Morgan nos quiere comunicar algo importante. Sigámoslo —volvió a la carga el niño del helado de vainilla y todos partieron detrás del perro que, corriendo, se volvía para mirarlos y gemía con teatral agitación.

Los niños cruzaron un par de calles hasta que llegaron a la esquina donde estaba el taller del zapatero, siempre yendo detrás de Morgan. Cuando el perro se detuvo frente a la puerta del taller de José y comenzó a aullar como si fuera un lobo que veía la luna llena, los niños se animaron a cruzar la calle y a entrar al taller. Cuál sería su sorpresa cuando encontraron al anciano remendón de calzado, tirado en el suelo y emitiendo ronquidos tan extraños como preocupantes. Los niños corrieron en busca de ayuda y no pasó mucho tiempo cuando llegó una ambulancia y se llevó al zapatero, mientras el perro Morgan,

desde una distancia controlada, movía la cola y no se perdía detalle de lo que sucedía.

Pasaron varios días luego de aquel suceso y Morgan gemía y gemía cerca de la puerta del taller de calzado de José, quizás presintiendo lo peor. Hasta que una mañana, vio que el zapatero José abría la puerta del taller y como si nada, reanudaba su trabajo. Feliz, el perro cruzó la calle y sin resistirlo, se acercó al viejo José. No le importó el riesgo de su acción —pues podría ganarse un insulto o un golpe, como era la costumbre—, y no se equivocó, porque el zapatero, sonriendo con amistad, lo llamó para que se acercara:

—Morgan, Morgan, perdóname por mi estúpida actitud. Supe que me salvaste la vida y te lo agradeceré siempre. Ven, no te alejes. ¿Sabrás perdonar a un viejo que comete errores impulsado por la soledad? Mira, como sabía que te encontraría por acá, rondando como siempre, te traje un hueso con un poco de carne y para mí, un rico pan con queso y

un termo con café. ¿Desayunemos, Morgan? Hoy trabajaré contento y después te quiero invitar a mi casa. No es gran cosa, pero allá tengo una frazada vieja donde podrás dormir cómodamente y no en la calle, como acostumbras.

Morgan pareció entender todo sólo distinguiendo los movimientos y gestos del viejo zapatero. El perro permaneció en el taller por el resto del día escuchando las historias de José, quien no paraba de hablar y de saludar con desacostumbrada simpatía a su clientela. Morgan lo esperó pacientemente, porque aquella noche dormiría por primera vez en una casa cobijado con una tibia frazada. Entendió que a partir de ese día había sido invitado a compartir la vida nada menos que con su humano preferido, el viejo zapatero José.

## *Las mulas de Nicolás Palermo*

### *Artículo 3:*

*Ningún animal será sometido a malos tratos ni a actos crueles. Si es necesaria la muerte de un animal, ésta debe ser instantánea, indolora y no generadora de angustia.*

**BUENAS MULAS** tenía Nicolás Palermo. Según él, las mejores de la montaña. Tanto las quería que hasta les puso nombres y, según contaba el fantasioso arriero, los animales entendían todo cuanto él les conversaba. Cada cual con lo suyo, ya que las mulas estaban obligadas a escucharlo y él, como no tenía con quién hablar, siempre metido en las montañas, se las arreglaba para tenerlas como compañeras de su interminable parloteo. La verdad es que gracias a las mulas el arriero jamás estaba estrictamente solo. Nicolás Palermo consideraba que Aurora, Lagartija, Orejandra y

Chuchoca eran la mejor compañía a la que alguien pudiera aspirar. Y, atención, que tales nombres no estaban puestos al azar. Nada de eso. Todos tenían su razón de ser. Los arrieros tomaban palco cuando escuchaban a don Nico explicar el sentido de los nombres con que bautizó a sus queridas mulas.

Recordemos lo que sucedió una mañana en la cordillera, cuando unos arrieros amigos le preguntaron sobre el origen de aquellos nombres tan curiosos:

—Aurora, mi mulita linda —contestó Nicolás dirigiéndose a su mula mientras le acariciaba un mechón negro que se le venía a los ojos. Entonces la mula le regalaba un pequeño rebuzno, tan chiquitito como si fuera un mugido de satisfacción—. A ella, la más bella —continuó Nicolás Palermo—, la llamo así, porque nació durante la aurora más limpia y fría de los amaneceres cordilleranos.

—¿Y Lagartija? —preguntaron dos arrieros amigos hablando a la vez,

entretenidos a pesar de que conocían la respuesta, tantas veces repetida por Nicolás.

—¿Acaso no le ven las manchas pardas que tiene sobre el lomo? Son las mismas de las lagartijas que duermen en las piedras calientes de los montes.

—¿Y Orejandra? Ese si es un nombre extraño pues, don Nico.

—¿Cómo que extraño? —y le tapaba teatralmente las orejas a la mula para que no se ofendiera—. Ustedes saben que yo tengo un hijo llamado Alejandro, ¿no es así? Y me gusta mucho ese nombre. Pues en honor a mi hijo y, por supuesto, a las largas orejas de mi mula, fue que le puse Orejandra.

Nicolás esperó que los arrieros dejaran de reír para soltarle las orejas tan largas que poseía la mula, pues de ese modo ella no se enteraría de las bromas que los arrieros hacían a su costa; así era de delicado Nicolás Palermo con su recua.

—¿Y Chuchoca, don Nico? ¿Y Chuchoca? ¿No me va a decir que ese es un

nombre digno para una mula? —reclamó entretenido uno de sus amigos de la montaña.

—Sólo le puse así por chiste. Díganme si no es cómica la palabra chuchoca. Cada vez que la pronuncio, no sé por qué me da una tentación de risa. Como esta mula es tan divertida, tan juguetona y risueña, le puse Chuchoca. Cuando la llamo así y le digo "Chuchoca, Chuchocuita", me vuelve la risa y me celebra todas mis tonteras, pobre inocente.

—¡Vamos niñas que hay que trabajar!

Y saludando a sus amigos, quienes no dejaban de reír, partió el arriero silbando alegre, seguido de sus mulas regalonas.

En unos pastizales ubicados entre las montañas estaban los caballos que él estaba encargado de cuidar. Nicolás Palermo permanecería con ellos unos cuantos días, para después bajar con la tropilla. Lindo trabajo el suyo y para realizarlo jamás abandonaba a sus mulas. Las cargaba con el alimento, la colcho-

neta, la carpa y todos los utensilios para cocinar, además de los cobertores necesarios para acampar por unos días.

Era un viaje como otros, cuya misión consistía en cuidar a los caballos para que se alimentaran a su regalado gusto. Todo marchaba bien aquella mañana. Peñascales solitarios, viento refrescante de la cordillera y cielos limpios, sólo visitados por los cóndores, que desde muy lejos hacían círculos parsimoniosos en medio de ese cielo azul profundo. Era un día perfecto para el viaje. Nicolás Palermo, que se sabía todas las rutas para encaramarse por las montañas, iba tranquilo. Sin embargo, los montes siempre revisten peligros que los arrieros jamás podrán sobrellevar fácilmente si no permanecen atentos a las sorpresas que les pueden deparar esas rutas escarpadas. Tal vez por eso Nicolás previno a sus mulas:

—Eh, muchachas, por aquí hay que pisar con mucho cuidado.

Los animales iban a paso lento por el borde de una profunda garganta. El



camino era estrecho y gredoso, atravesado de vez en cuando por pequeños hilos de agua de vertientes que formaban peligrosas pozas de barro resbaladizo. Al fondo, el ronquido persistente de un riachuelo anunciaba la profundidad de la quebrada, y alrededor, el canto de los pájaros avivaba esa mañana, que no debía ser para nada diferente a tantas otras. Porque, según Nicolás Palermo, nada sucedería si se tomaban todas las precauciones del caso. Por lo demás, él había atravesado tantas veces ese desfiladero por el mismo borde y jamás había pasado algo que pudiera lamentar. De todas maneras, el arriero le guardaba el mayor de los respetos al lugar.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, la mula Aurora, que siempre se quedaba rezagada, pisó mal y resbaló, arrastrando a las compañeras con las que iba atada. Las demás mulas afirmaron las patas en el suelo pedregoso para no irse montaña abajo con Aurora, mas el cordel se cortó y la mula rodó pesadamente por el despeñadero. Sus terribles

rebuznos se escuchaban a través de todas las montañas circundantes, asimismo los gritos destemplados de Nicolás Palermo, quien horrorizado miró hacia el desfiladero y distinguió muy lejos, abajo, a Aurora agitando sus patas y emitiendo unos terribles rebuznos de dolor. El arriero se tomó la cabeza con ambas manos y comprendió que ya nada se podía hacer. Jamás podría sacar de allí a su regalona, que debía tener graves fracturas.

Amarró al resto de sus mulas a un espino para que nada les pasara; las pobres estaban aterrorizadas. Enseguida anudó un largo cordel al tronco de un robusto roble, se echó la escopeta a la espalda y se deslizó montaña abajo. Cuando llegó junto a la mula Aurora, se percató de que el animal tenía las patas delanteras quebradas, que le sangraba la barriga y que sus ojos se habían puesto vidriosos.

—Aurorita, Aurorita, no quiero verte sufrir. Ya no te podré sacar jamás de este despeñadero, aunque me ayudaran

los helicópteros, además, estás toda quebrada y sufriendo.

El animal, muy malherido, se estremecía de dolor. Entonces, Nicolás Palermo suspiró resignado, tomó la escopeta y apuntó, mirando, por supuesto, hacia otro lado, porque le costaba hacerse cargo de una decisión tan terrible. Dos disparos rompieron la quietud de las montañas. Los pájaros salieron desparvoridos en vuelo desesperado hacia los cuatro puntos cardinales, y parecía que hasta el río bajaba el tono de su permanente ronquido para enterarse de qué estaba sucediendo. Después, el arriero cubrió a su mula con piedras y se quedó sentado en el suelo, sin saber cuánto rato estuvo allí, paralizado y triste. Hasta que decidió subir, afirmándose con el cordel, para emprender en silencio el regreso, pues ya no le quedaban ganas de continuar su camino rumbo a los pastizales de las montañas.

De su casa no lo sacó nadie durante un buen tiempo. Los arrieros que lo fueron a visitar notaron que su amigo

languidecía por la pena. Si continuaba en tal estado, su propia vida se iría por un despeñadero, tal como le ocurrió a Aurora. Por lo tanto, había que reanimarlo como fuera.

Y sucedió algo tan oportuno como necesario. Un día, un arriero amigo de Nicolás Palermo llegó con la noticia de que una de sus mulas había muerto al dar a luz a un pequeño que tenía una mancha amarilla en la frente. Cuando los demás arrieros escucharon lo que les contaba el amigo, se miraron con complicidad y tuvieron la misma idea. Esperaron una semana para que el mulito se afirmara y se lo llevaron, sin decirle ni media palabra, a Nicolás Palermo. Aquella vez, el viejo arriero miró al pequeño mulito y cuando notó que tenía una mancha amarilla en la frente, con un ánimo que le brotó tan rápidamente que a todos sorprendió, dijo al animal:

—Te llamarás Jilguero, por lo pequeño que eres y, quién lo duda, por tu pinta amarilla en la frente. Ya, Orejandra, Lagartija y Chuchoca, acérquense, no

deben seguir holgazaneando, de ahora en adelante cuidarán a este mulito que llevaremos a las montañas.

El pequeño Jilguero, al ver a las mulas corrió donde ellas y permaneció muy quieto a su lado, esperando que le dieran de comer. Las mulas comprendieron su gesto, levantaron las orejas y lo empujaron para que las siguiera. Era la hora de la merienda y querían compartirla con el nuevo miembro del equipo.

## *Rebelión en el zoológico*

### *Artículo 4:*

*Todo animal perteneciente a una especie salvaje, tiene derecho a vivir libre en su propio ambiente natural, terrestre, aéreo o acuático y a reproducirse. Toda privación de libertad, incluso aquella que tenga fines educativos, es contraria a este derecho.*

—**E**H, cara de mono, acércate —le dijo la jirafa al simio del zoo, inclinando su largo cuello hacia la jaula vecina.

—¿Por qué no me dejas tranquilo, larguirucha? ¿De qué te sirve tener el cuello tan largo si no hay ningún árbol para ramonear? Tan sólo mira esos muros de cemento que te rodean.

—Por lo mismo, acércate.

El mono se rascó la nuca como solo él solía hacerlo y sintió extrañeza de que la jirafa lo tratara con tanta deferencia, puesto que siempre lo había despreciado. Jamás le dirigía siquiera una mira-

da. Ella no se rebajaba a tanto, mucho menos cuando podía sufrir tortícolis si bajaba demasiado la cabeza.

—Oye, jirafa, ¿te has dado cuenta de que estamos hablando y más encima nos entendemos? Bueno, no es que antes no habláramos, tú hablabas en jirafín y los tuyos te entendían...

—¡Y tú hablabas en mono-patín, ji, ji, ji, ji, ji! —exclamó la jirafa estremeciendo su cuello con una risa incontrolable.

—Qué chistosa. Pero, ¿por qué estamos hablando y nos entendemos con tanta claridad?

—Porque hoy ha sucedido algo mágico. Todos los animales amanecemos hablando. Y lo hacemos en un idioma que nos permite entendernos plenamente. Haz la prueba. Dirígete a la serpiente y verás lo que sucede. ¿Te habías imaginado antes conversando con una serpiente? Vamos, cara de mono, ánimo.

—No me digas cara de mono. Está bien, igual lo intentaré y espero no hacer el ridículo con esto. Buenos días, señora serpiente.

—¿Qué tienen de buenos, mata de pelos? Me tienen encerrada en esta jaula de vidrio como si yo fuera un pepinillo en vinagre. Pregúntale al león qué opina sobre lo que nos pasa, que ese se cree el jefe de todo.

—¿Es que estás enferma de la cabeza? ¿Cómo se te ocurre que voy a hablar con él? ¿Y si se enoja?

—Haz la prueba, yo acabo de conversar con el famoso león y no me pasó nada.

—Don Leo, ¿cómo le va? —se animó a decir el mono, con timidez.

—Vaya qué pregunta más estúpida. Aquí no le va a nadie. No sabes cómo echo de menos dormir en una pradera. Estoy muerto de calor en este cajón de cemento acompañado de los peores olores que se te puedan ocurrir, aunque sean míos.

El mono no quiso hacerle otras preguntas, porque el escándalo que tenían los pájaros casi no le dejaba escuchar. Papagayos, choroyes, un pájaro del paraíso, cacatúas, zorzales, diucas,

canarios de diversas especies y cuanto animal alado existe, chocaba con desesperación contra las rejillas de sus jaulas. Con un coro destemplado gritaban:

—¡Queremos salir! ¡Queremos salir!

—¿No te lo dije, cara de mono? —aprovechó para punzar la jirafa—. Cosas mágicas están pasando. Sólo piensa en lo siguiente: ¿A quién se le ocurre hacer un zoológico en un lugar como éste?, y más encima tenernos encerrados para que los niños maleducados nos lancen el maní, ¡agh!, que yo tanto detesto. Sé que a ti te vuelve loco el famoso maní, pero, ¿dónde se ha visto a una jirafa comiendo tanta cochinado? Incluso caramelos de menta me han lanzado y hasta un chicle con sabor a sandía. Sobre mi delicado lomo han llegado las cosas más increíbles. Y lo que me pregunto todo el tiempo es cómo se les ocurrió empinar este famoso zoo en un estrecho e incómodo cerro.

Todo esto sucedía una mañana calurosa de verano, mientras las focas buscaban la sombra para no achicharrarse. El oso polar movía la cabeza e incrédulo de verse como estaba, optó por cerrar los

ojos y sumir su cuerpo en el agua. Las cebras sentían sus piernas acalambradas y soñaban con correr, aunque fuera por unos cuantos metros, y lo peor de todo, era que lo único que veían eran rejas y más rejas.

—¡Queremos salir! ¡Queremos salir! —se agregaron los cocodrilos, además de un tímido pudú y hasta los cóndores, con su voz ronca y seca.

Se había desatado una verdadera rebelión en el zoo. Entonces, muy asustado, el mono volvió a la jirafa y le consultó:

—¿Qué pasará con los animales? Se ve que están enojadísimos.

—Muy sencillo, cabeza pequeña que nada entiendes, y eso que todos comentan que el hombre descende de ti. ¿Sabes?, hoy, antes de que lleguen los guardias, las visitas y ¡uf!, también el maní, nos fugaremos, ¿te enteras? Entonces... ¿vienes?

—¿De verdad huirán?

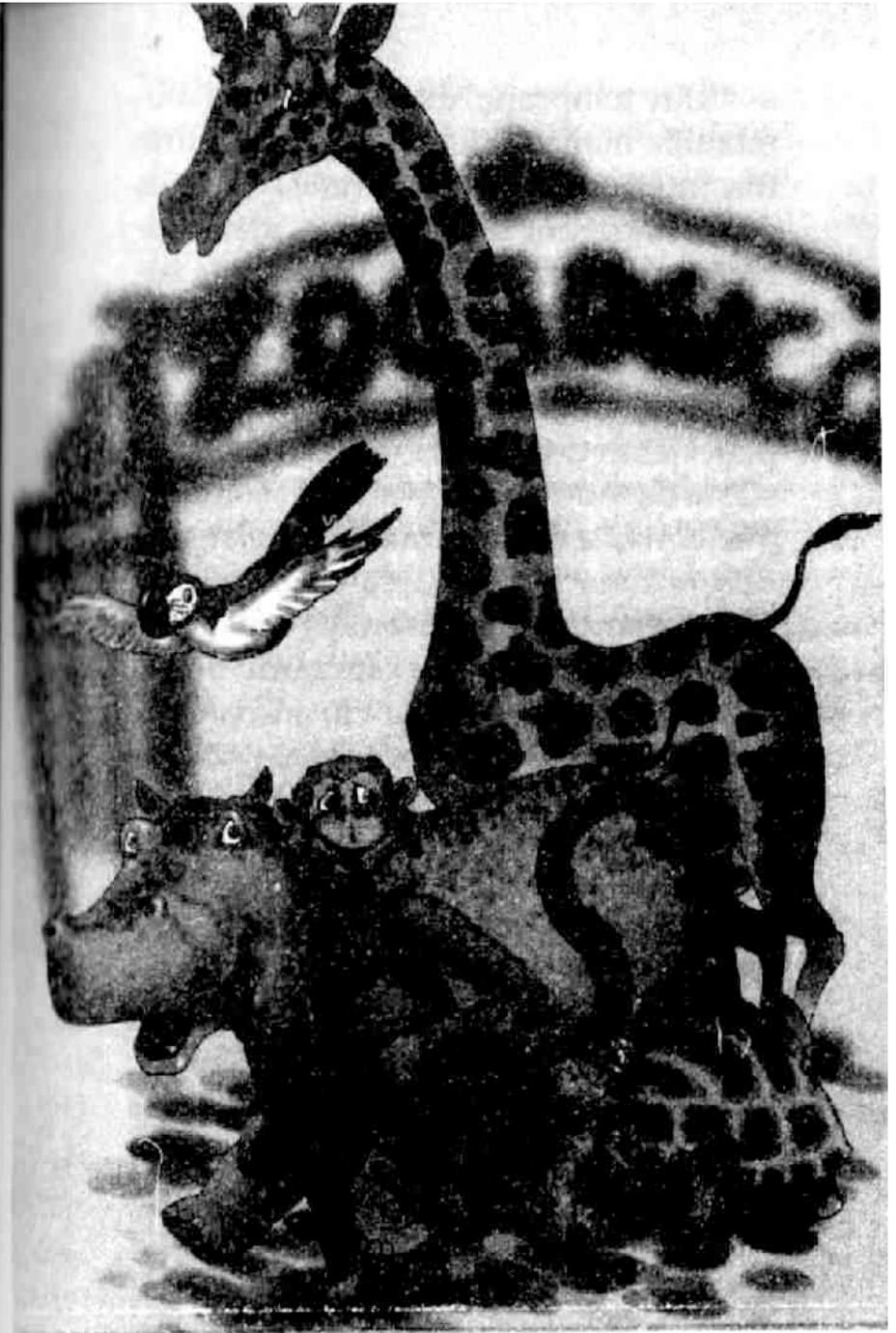
—Sí. Así es. ¡Nos fugaremos! Romperemos las jaulas y tomaremos la carretera que conduce al mar y cuando lleguemos allí nos embarcaremos rumbo a la bella África.

—¿Al África? ¿Ese lugar donde hay árboles muy altos, lianas para trasladarse, ríos navegables y mucha fruta para comer? No es mala idea.

—¡Al África, al África! Aunque también me conformaría con las selvas amazónicas de Brasil —repitió un loro de hermosas plumas tornasoladas, al que siguieron con la escandalosa protesta los choroyes, las cacatúas, los papagayos y también varias tencas, capaces de imitar cuanto sonido escuchan.

—¡Al África, al África! —contestaron todos los animales, casi a coro.

Fue increíble. Los monos, considerados los animales más escurridizos, ágiles y hábiles, se encaramaron por las rejas y, de un salto, quedaron libres en los pasillos. Después empezaron a abrir todas las jaulas. Nadie supo cómo se consiguieron las llaves. Para apurar la liberación le pidieron a los animales más fuertes que colaboraran. Por eso los elefantes, los rinocerontes y hasta un hipopótamo, empujaron las rejas hasta que cedieron.



Muy temprano, durante aquella memorable mañana de verano, se vio una fila interminable de animales salvajes caminando por una calle que daba directo a la carretera de la costa. Por supuesto que los últimos eran las tortugas, acompañadas de los hipopótamos, que se desplazaban pesadamente, como si padecieran de pies planos. El más entusiasta de toda esa caravana era el mono, que corría a campo traviesa adelantándose a toda la comparsa de animales. Por el camino no faltaron los caballos y unas gordas vacas que saludaron desde los potreros; también se vio a una gran cantidad de gorriones, conejos y codornices de los campos, que acompañaron a los animales del zoo dándoles ánimo. El mono, ciego de entusiasmo, no tuvo ninguna duda de que estaba viviendo el día más feliz de su existencia y que, de seguro, también el resto de los animales experimentaba el mismo sentimiento.

De pronto, el mono escuchó que alguien lo llamaba, y esa voz surgió con tanta crudeza que pareció que se que-

braban miles de vidrios sobre su cabeza. produciendo un estruendo enloquecedor. Y la voz repetía con molestia:

—¡Eh, cara de mono, acércate! ¡Cara de mono, ven, come maní! Cara de mono, ¿cómo puedes ser tan remolón? ¡Despierta!

Era un niño, que había interrumpido el sueño más lindo que jamás un mono pudo tener. El simio se acercó al pequeño, le mostró los dientes, se rascó la cabeza y tomó los maníes con desgano.

—Hic hic pronunció agradecido y comió con desinterés el maní que tanto le gustaba en otras oportunidades.

En una jaula contigua, la jirafa, en silencio, abría con mucha dificultad sus patas para poder recoger del suelo una ramita de apio verde y jugoso, pero por más que estiraba su largo cuello, no la alcanzaba. *Hay que tener paciencia de hipopótamo para aguantar todo esto*, pareció decir el mono con un par de hic hic pronunciados con mucha desesperación.

*El misterioso caso del piso 21:  
Notas de un diario de vida*

*Artículo 5:*

*Todo animal perteneciente a una especie que viva tradicionalmente en el entorno del hombre, tiene derecho a vivir y crecer al ritmo y en las condiciones de vida y de libertad que sean propias de su especie. Toda modificación de dicho ritmo o dichas condiciones que fuera impuesta por el hombre con fines mercantiles, es contraria a dicho derecho.*

*Lunes 15 de marzo. 7:15 AM*

Amigo Diario, te cuento que hoy muy temprano vi al sujeto portando dos maletas cubiertas con un paño negro. Es un hombre de piel amarillenta, de edad mediana y escasa estatura, con ojos rasgados, como los de los orientales. Algunos vecinos piensan que es extranjero, pero otros dicen que simplemente es un tipo un poco achinado. Pero para el Leo

y para mí, el misterioso hombre del piso 21 es simplemente el Chino.

El Chino vive un piso más arriba que yo y, sin lugar a dudas, es un tipo extraño y bastante solitario, pues no se le conoce familia alguna ni amistad. Sé que algo teje. Se lo he dicho tantas veces a mi papá, pero él me responde que me invento historias policiales porque paso viendo tele y me dice con malhumor que, por lo demás, debo dejar tranquila a la gente, que cada persona tiene derecho a vivir su vida. En cambio, mi mamá me escucha con atención; estoy seguro de que lo hace no porque le preocupe el Chino, sino por su instinto de mamá: ella escucha y evalúa por si hay algún peligro para mí. Por eso mi mamá le reprocha al papá diciéndole que *siempre hay que escuchar lo que los niños dicen*.

Hoy en la mañana me topé con el Chino en el ascensor. Yo iba nervioso porque sabía que abajo me esperaba, con la impaciencia de todas las mañanas, el furgón escolar de la tía que me transporta. Además, me acompañaba

en el ascensor el señor del piso 22, que sale muy temprano porque trabaja en una comuna apartada. Como es constructor, siempre anda con planos y un casco; creo que hace poblaciones o algo así. Es un hombre muy amistoso y su hijo es nada menos que Leo, mi amigo del edificio, de barrio iba a decir. No es amigo de colegio, porque va a otro que le queda más lejos, en Nuñoa. Es que su papá estudió allí y se conoce a todos los profes. Qué raro que el Leo no se metió al ascensor. Como es más remolón que yo, va a salir corriendo unos minutos más tarde. Leo es tan parlanchín que a veces lo evito. Cree que se las sabe todas y que me la gana en lo imaginativo, aunque mi mamá me consuela y me dice que no hay tipo más fantasioso que yo en todo el universo; ella es tan exagerada. El Leo tiene una hermana chica. Yo, para molestarlo, le digo que ella no tiene boca porque nunca se la he visto; es que se lo pasa con su chupete. Cuando se toma la sopa, por cada cucharada se saca el chupete, traga y después se lo vuelve

a poner; luego otra cucharada y se saca el chupete, traga la sopa y así sucesivamente; es una pequeña muy divertida. No dejé de mirar las misteriosas maletas del Chino. Estaban cubiertas con un paño negro y habría jurado que algo se movía en su interior, pero mejor ni me imagino eso, porque sólo de pensarlo me aterrorizo.

***Martes 16 de marzo. 18:00 horas***

Ahora escribo porque el Leo me visitó durante la tarde y me requetejuró que había escuchado ruidos extraños en la casa del Chino, que eran como maullidos y arañazos. Cuando me lo contó abrió tamaños ojos y sus mejillas se le pusieron más rojas de lo acostumbrado. El Leo es un poco gordito, igual que su padre; parecen clonados, pero con tamaños diferentes.

—Esas son ideas tuyas. El Chino debe haber estado viendo un video de terror o de animales del África —le dije para tranquilizarlo.

Pero él siguió diciendo que estuvo

un buen rato con la oreja pegada a la puerta de su departamento. Hasta me invitó a que formáramos un Club de Detectives y que nuestra primera misión fuera descubrir “El misterioso caso del piso 21”; cosas de mi amigo.

***Miércoles 17 de marzo. 20:00 horas***

Estoy escuchando música. Ya hice mis tareas. Acabo de terminar una con un tema que me gustó muchísimo: “Animales en extinción”. Vaya, vaya, como voy en quinto básico tengo que hacer largos trabajos de investigación. Cómo será cuando esté en sexto. No me quedará tiempo para nada.

Ahora escribo en mi diario puras tonteras. A esto se le llama ser un ocioso sin remedio. Por ejemplo, ahora escribo que ahora escribo. Si parece que me faltara un tornillo. Mejor dejo espacio para más tarde, cuando realmente tenga algo que valga la pena escribir. Veré un rato televisión. Hasta pronto, Amigo Diario...

*El mismo día, pero a las 22 horas*

Debo escribir sobre dos hechos que me acaban de suceder. Uno es lo de la tele y el otro tiene que ver con el Leo. Empecemos por orden. El primero fue un documental sobre los animales en peligro de extinción que nos habían recomendado en el colegio y que darían en la tarde. En África cazan a los elefantes y les sacan el marfil de sus colmillos para después venderlo a precios elevadísimos. A los loros los traen del trópico, los mantienen enjaulados en los negocios de animales y los venden como mascotas. Unos tipos están capturando lagartijas, arañas de los montes y ciervos volantes para venderlos en el extranjero. En Chile, el pudú ya casi desapareció del mapa y eso que es el ciervo más pequeño del planeta y el más tímido también; por lo tanto, deberíamos cuidarlo. Todo eso me sirvió para agregarlo a mi carpeta de ciencias. En eso estaba cuando tocaron el timbre y de esto se trata el segundo hecho. Era el Leo, que llegó acompañado de sus típicos ojos desorbitados.

—¿Viste el programa de los animales en extinción? —me dijo atragantado por sus propias palabras.

—Por supuesto —le contesté—. Estaba obligado a hacerlo, me lo recomendaron en el colegio; igual me gustó mucho.

Y el Leo insistió:

—Estoy seguro de que el Chino es un traficante de animales. De lo contrario, ¿por qué crees que se oyen arañazos y gemidos extraños en su departamento?

Y yo completé, metido en la locura de mi amigo:

—Y las maletas cubiertas con un paño negro que saca, de vez en cuando, temprano en la mañana; todo es muy sospechoso.

El Leo hizo un chasquido con los dedos y agregó:

—Vayamos a investigar, es hora de que actúe el Club de Detectives.

Y salimos en puntillas hacia el piso superior. Ambos llevábamos unos vasos que pusimos con sus bocas apegadas a la puerta del departamento del Chino y por el lado opuesto los conectamos

a nuestras orejas. Era un truco que me había enseñado mi papá y que él hacía cuando fue un chico como yo, hace muchísimo, pero muchísimo tiempo. Con los famosos vasos se escuchaba nítido lo que sucedía al interior del departamento del Chino. De pronto, oímos un repetido y extraño hic, hic, hic, hic.

—¿Qué es ese sonido? —le pregunté a mi amigo, casi con un susurro.

—Así chillan los monos —me contestó de inmediato—. ¿Viste que el Chino es un traficante de animales?

Los chillidos eran numerosos y se notó que el Chino había comenzado a impacientarse, porque oímos un tremendo grito con el que casi se nos caen los vasos y que nos dejó zumbando los oídos.

—¡Si no se quedan callados los agarraré a palos, oyeron los matas de pelos! —gritó destempladamente el Chino desde el interior del departamento. Después dijo algo así:

—Iré a comprarles unos plátanos, aunque no sé dónde los voy a encontrar

a esta hora. ¡Ya, a callarse, granujas!

Después se sintió un tintineo de llaves y a alguien caminando hacia la puerta y en lo que dura un suspiro, arrancamos. El Leo se fue al piso 22 y yo al 20. Fue como si de pronto nos hubiéramos esfumado. Ya resguardado en mi casa, me quedé detrás de la puerta, observando por el pequeño visor que nos protegía de los intrusos que a veces golpeaban. Un par de minutos después, vi pasar al Chino con sus tranquitos cortos y nerviosos en dirección al ascensor; mientras, la respiración se me agolpaba en la garganta y el corazón me latía como condenado.

Amigo Diario, trataré de quedarme dormido, porque mañana hay que levantarse temprano. El Leo debe estar en lo mismo, aunque presiento que esta noche será muy larga para ambos.

*Jueves 18 de marzo, de madrugada*

Amigo Diario, acabo de despertar de una pesadilla descomunal. Estaba soñando con el Chino, que tenía encerrado

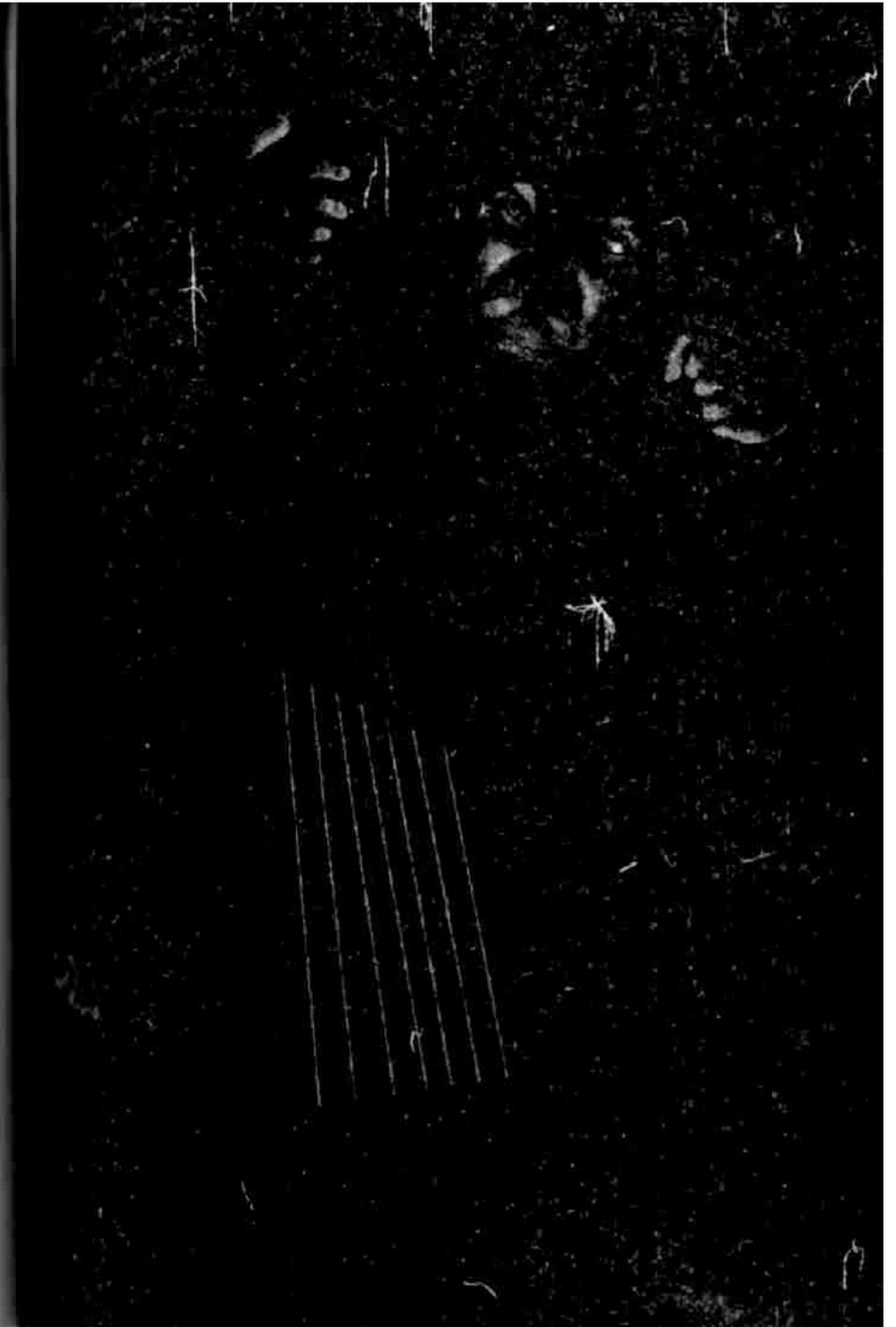
nada menos que al gorila King Kong. Para que no se escapara, martillaba su gigantesca jaula y con un punzón de acero lo empujaba para que se alejara de la portezuela. De pronto, el gorila daba un tremendo empujón y la puerta saltaba como si fuera de cartón. El Chino salía disparado por el aire y cuando caía perdía el sentido. Entonces el gorila King Kong aprovechaba para arrancar. Se desprendía por las ventanas de la torre y afirmándose con sus enormes garras se dejaba caer, piso a piso. Con rapidez llegaba al departamento N° 20, donde yo vivo. Inmediatamente, el monstruoso gorila se metía por la ventana de mi dormitorio y cuando iba agarrarme por un pie, desperté gritando. Lo primero que vi al abrir los ojos fue a mi mamá en bata y pantuflas.

—Alex, despierta. Tenías una pesadilla. ¿Qué estabas soñando? —me dijo mi mamá acariciándome el cabello revuelto y mojado por la transpiración—. Yo estaba despierta, hijito. Parece que el vecino del piso superior se volvió loco,

se lo ha llevado martillando y poco antes de que viniera a verte se escuchó el teléfono con insistencia. Después oímos que salió de su departamento. Tu papá se levantó para ver qué estaba sucediendo y se encontró con la puerta del departamento del vecino entreabierta. No se quiso meter en el asunto, ni siquiera tocó. Regresó refunfuñando que no lo dejaban dormir, pero no hizo nada. Tú sabes lo cuidadoso que es. Ahora, hijo, vuelve a dormir, que mañana andaremos todos muy mal, concluyó mi mamá con su típica voz tranquilizadora. Ella es tan serena que contagia a cualquiera; en cambio, mi papá es todo lo contrario: alaraco, precipitado y explosivo. Pero hartito entretenido, porque le gusta jugar conmigo. Lo que me extraña es que no se haya metido en el asunto y que no quisiera investigar teniendo ante su vista una puerta entreabierta. Ah, claro, ésa es otra característica de mi papá: *cada persona tiene el derecho a vivir como se le ocurra, por lo tanto, hay que respetar la privacidad de los demás; si parece que lo estoy escuchando.*

*Jueves 18 de marzo, más tarde*

Estaba la grande en el edificio. El Leo me fue a despertar para que ayudara a capturar monos. Me contó que uno se metió por una ventana de su departamento y que se fue directo a la cama de su hermanita y le quitó el chupete. El llanto de la niña despertó a toda su familia; la pobre pequeña estaba aterrorizada de ver a un mono saltando sobre su cama y saboreando su querido chupete. Había titíes brasileños, monos arañas y un chimpancé parece que de pocos meses de vida, por lo pequeño. Los pasillos estaban escandalizados con tantas carreras y gritos de la gente. Al poco rato llegaron los bomberos para rescatar un par de monos que se habían ocultado en el techo del edificio, mientras unos carabineros tomaban nota en unas pequeñas croqueras y colocaban cintas en la puerta del departamento del Chino. El Leo tiene un talento tan grande, que cuando me contó lo que había sucedido, me pareció que estaba leyendo una novela con las aventuras de Sherlock Holmes.



Cuando nos fuimos al colegio vimos que ya habían llegado los camarógrafos de un canal de televisión; también aparecieron los fotógrafos de los diarios y los periodistas estaban haciendo entrevistas a la gente todavía en batas. Mi papá no quiso hablar, yo sabía que estaba arrepentido por no haber sido más vivo y haber investigado la razón por la que la puerta del departamento del Chino estaba abierta a las cuatro de la madrugada. Si mi papá la hubiera cerrado o entrado, se habría transformado en el héroe de la jornada. Habría descubierto a los monos cautivos. Pero no hizo tal cosa. En cambio, el papá del Leo se llegaba a atorar hablando, mientras se peinaba para salir ordenado en las fotografías y en las tomas de los camarógrafos de la tele. Yo sabía que mi papá lamentaba su indecisión, eso le pasa por... "tímido" (escribí esa palabra para que no saliera tan perjudicado).

*Viernes 19 de marzo. 20:00 horas*

Me fue muy bien en el trabajo de ciencias. Lo entregué y, además, me tocó exponerlo ante mis compañeros. La profesora me puso la nota máxima, es decir, un siete; valoró especialmente mi vívida disertación. Mis compañeros me aplaudieron cuando se enteraron de lo del tráfico de animales, de que yo lo había visto y de que había ayudado a capturar monitos. Ahora, los animalitos deben estar en el zoológico, pero nada se ha sabido. Cuando la policía entró a su departamento se topó con un lugar prácticamente sin muebles, lleno de jaulas y con una fetidez que golpeaba el rostró.

Amigo Diario, con el Leo, nuestros padres y mis compañeros de curso, decidimos preparar cartas que enviaremos al zoológico, a la prensa y a las autoridades que corresponda para que devuelvan a los monos a su lugar de origen. Haremos una gran campaña y no descansaremos hasta ver que se los lleven a la selva brasileña, donde seguramente está su hogar.

Oye, Diario, ahora te dejo porque ya se ha hecho tarde y mañana iré al zoológico con el Leo a ver a los monos. ¿Te digo un secreto? A los monitos les contaremos lo que estamos haciendo por ellos. Sé que comprenderán.

## *La bruja de los cien gatos*

### *Artículo 6:*

*Todo animal que el hombre ha escogido como compañero, tiene derecho a que la duración de su vida sea conforme a su longevidad natural. El abandono de un animal es un acto cruel y degradante.*

—**C**UCHITO, cuchito. Ven, acércate. Eso es, que nadie te hará daño —dijo Rosalía afirmando el paraguas con una mano para que no se lo llevara el viento. Con la otra frotó los dedos para atraer al gato mojado que, acurrucado en el dintel de una ventana, se protegía del temporal que arreciaba sobre la ciudad.

Era un gato de pelo largo, de esos que cuando están mojados se achican considerablemente, como Silvestre, el que persigue a Piolín. Tenía los ojillos asustados y se estremecía de frío; de vez en cuando gemía con desconsuelo.

—¿Por qué te echaron de casa? ¿O será que nunca has tenido una? ¿Acaso te lanzaron a la calle por viejo? Si esta última es tu respuesta, debes saber que mi especialidad consiste en proteger a los gatos viejos. Quizás ya no tienes un hogar, es decir, que eres uno de esos típicos gatos vagabundos que, escapados de sus casas, sienten hambre y se arrepienten de haberlo hecho. Si todo esto ha sucedido, eres candidato a que te acoja. No te arranques. No creas que no me preocupo por ti; para que sepas, he recogido camadas completas de gatos abandonados; cómo no voy a reparar en tu desgracia. Agradece que te topaste conmigo, porque la gente ya no tiene corazón para con ustedes. Gatito, no sabes la sorpresa que te tengo si te vienes conmigo. Vamos, no seas tan tonto y acércate. Para que lo vayas entendiendo, por de pronto te ofrezco el mejor albergue de la ciudad y, por añadidura, la compañía de los más simpáticos amigos. Además, lo debo reconocer, te necesito más de lo que te imaginas... Ya lo entenderás a su

debido tiempo...

El gato la escuchó con teatral atención para después contestarle con un tiritón tan fuerte que hizo que el agua en su cuerpo salpicara, como si fuera una de esas regaderas que mojan el pasto. Después emitió un maullido terrible, capaz de partirle el alma a quien lo escuchara. Claro que tal posibilidad era bastante improbable en una tarde negra de lluvias interminables, cuando las calles están comprensiblemente desoladas.

—Pobrecito, si te vas conmigo verás que se te acabarán las miserias en un abrir y cerrar de ojos. Debes entender que para mí también esto es beneficioso. No creas que no te valoro, mi mayor dedicación va dirigida a ustedes. Gatito mojado, ¿sabes?, eres muy importante, de verdad, gracias a ti muy pronto sucederán cosas inexplicables. No te puedo adelantar más por ahora, pero te aseguro que serán extraordinarias. Entonces... ¿Nos vamos, querido michino?

Rosalía era una mujer extraña,

gatito en todas las situaciones que se le ocurrían y que tenían importancia para su vida. Por ejemplo, lo hizo para su onomástico, en Navidad, cuando se le cayó el primer diente, para el Día del Niño, cuando se sacó una nota excelente en matemática, la vez que estuvo muy resfriada y, por supuesto, para cada uno de sus cumpleaños. El papá, que vivía en permanente chochera con su niñita adorada, llegaba impostergablemente con un nuevo gato, siempre muy justificado.

Rosalía no se casó cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nadie sabe por qué no lo hizo. Algunos opinaban que fue porque las hijas únicas se quedan solteronas para cuidar a sus padres. Otros, que había sido porque jamás se interesó en los varones del barrio. Los más venenosos dijeron que no se había casado porque los famosos varones del barrio no se interesaron en ella. Opinaban que habían desistido por la desmesura de la nariz de Rosalía, porque era tan loquilla por los gatos, porque no

salía jamás del enorme caserón donde vivía, en fin, por tantas cosas... y ¡qué chismosa era la gente!

Mientras tanto, Rosalía aprendió con su madre el arte de la costura y permaneció en su casa por siempre, incluso después del fallecimiento de sus ancianos padres. A partir de aquel momento se volcó con pasión y entera dedicación al cuidado y protección de estos misteriosos felinos.

—Te llamaré Pellejín, lo hago con mucho cariño, créeme y también pensando en tu apariencia desvalida, al verte tan empapado —le dijo al gato mojado que por fin apañó entre sus manos y echó en el bolso tejido.

Los gatos son muy silenciosos. Ni siquiera se les escuchan sus pasos cuando recorren una casa. Se lo pasan durmiendo y observan las cosas por el rabillo del ojo. Pero entre ellos quizás qué se dicen. Era lo que Rosalía anhelaba saber. Por eso les conversaba permanentemente; claro, sin resultado concreto, porque jamás obtuvo de ellos una respuesta

gatito en todas las situaciones que se le ocurrían y que tenían importancia para su vida. Por ejemplo, lo hizo para su onomástico, en Navidad, cuando se le cayó el primer diente, para el Día del Niño, cuando se sacó una nota excelente en matemática, la vez que estuvo muy resfriada y, por supuesto, para cada uno de sus cumpleaños. El papá, que vivía en permanente chochera con su niñita adorada, llegaba impostergablemente con un nuevo gato, siempre muy justificado.

Rosalía no se casó cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nadie sabe por qué no lo hizo. Algunos opinaban que fue porque las hijas únicas se quedan solteras para cuidar a sus padres. Otros, que había sido porque jamás se interesó en los varones del barrio. Los más venenosos dijeron que no se había casado porque los famosos varones del barrio no se interesaron en ella. Opinaban que habían desistido por la desmesura de la nariz de Rosalía, porque era tan loquilla por los gatos, porque no

salía jamás del enorme caserón donde vivía, en fin, por tantas cosas... y ¡qué chismosa era la gente!

Mientras tanto, Rosalía aprendió con su madre el arte de la costura y permaneció en su casa por siempre, incluso después del fallecimiento de sus ancianos padres. A partir de aquel momento se volcó con pasión y entera dedicación al cuidado y protección de estos misteriosos felinos.

—Te llamaré Pellejín, lo hago con mucho cariño, créeme y también pensando en tu apariencia desvalida, al verte tan empapado —le dijo al gato mojado que por fin apañó entre sus manos y echó en el bolso tejido.

Los gatos son muy silenciosos. Ni siquiera se les escuchan sus pasos cuando recorren una casa. Se lo pasan durmiendo y observan las cosas por el rabillo del ojo. Pero entre ellos quizás qué se dicen. Era lo que Rosalía anhelaba saber. Por eso les conversaba permanentemente; claro, sin resultado concreto, porque jamás obtuvo de ellos una respuesta

racional, cuando mucho un típico y rutinario miau o un ronroneo que nada específico explicaba.

Pellejín hizo un viaje muy cómodo en el interior del gran bolso tejido de Rosalía. Muchos olores difusos de gatos vagabundos como él encontró allí dentro, pero no protestó, ya que ese lugar, que se balanceaba al ritmo de los pasos de la mujer, era un verdadero paraíso comparado con las pellejerías por las que había pasado. Hablando de pellejerías, le hizo gracia el nombre que le había puesto la mujer. *Pellejín, vaya, ¡si estaba calcado para él!*

Rosalía cerró el paraguas y con cierta dificultad abrió la verja que conducía a un jardín en semiabandono que se veía mucho más triste en invierno. Porque cuando regresaba la primavera, la maleza crecía hasta alturas insospechadas y todo parecía una selva inexpugnable, salvo por el estremecimiento y los sacudones que los gatos provocaban con sus carreras alocadas en el pasto hirsuto.

—Pellejín, te debo contar algo que

pronto sucederá; lo hago para que no te asustes. Una vez que entremos a la casa, y cuando nadie nos esté espiando desde la calle, sucederá un hecho más mágico que brujeril. Te lo digo porque los molestos niños del barrio se burlan de mí, diciéndome “La Bruja de los Cien Gatos”. Y me llaman así desde un día en que, para que me dejaran tranquila, les dije, ante su insistencia, que yo tenía muchos gatos y que cuando llegara a los cien, estaría en condiciones de conversar con estos y ya no necesitaría hablar con niños molestos y mal educados como ellos. Y capaz que eso suceda, amigo Pellejín. Ya te estarás imaginando qué número tienes entre mi flamante familia gatuna.

Pellejín escuchó con atención lo que le decía esa mujer tan extravagante. Pero cuando un gato tiene hambre, frío y más encima está empapado, sus oídos están dispuestos a escuchar cualquier cosa, aunque sea una barbaridad, si eso le resuelve problemas tan críticos. Aunque le parecía que su protectora era bastante

rara, se dejó llevar por su suerte. Cuando Pellejín entró en el caserón no pudo creer lo que le estaba sucediendo. Nunca se imaginó ver tantos gatos reunidos y hasta a algunos conocidos. Al primero que vio fue a su buen amigo Mostachón, que bajaba lentamente por una larga escala de caracol.

—Pero si es mi buen amigo, este... ¿cómo te llamaba? Claro, ahora me acuerdo. Yo te decía "Gato", porque eras el más vagabundo de todos nosotros. Mejor dicho, el rey de los vagabundos y quien jamás conoció casa donde descansar sus escuálidos huesos, pobre amigo Gato —dijo Mostachón con aire engreído.

—Eso era antes, Mostachón —se apresuró a contestar Rosalía para bajarle los humos, mientras, dejaba el paraguas abierto y colgado de la varilla de la cortina del baño para que estilara y se secara—, porque desde hoy este es el hogar de Pellejín.

Mostachón dio un tremendo salto y se asombró al comprender con toda claridad las palabras de doña Rosalía,



la mujer más buena que existía en el planeta, según la opinión generalizada del mundo gatuno. ¡Ella estaba hablando y él le entendía absolutamente todo lo que decía! No hay misterio en que los gatos se entiendan, pero sí en que las palabras de Rosalía se desgranaran claras y precisas en sus oídos.

—Porque a quien llamabas despectivamente "Gato", ahora debes decirle Pellejín. Esto te lo digo para que nos vayamos entendiendo —agregó Rosalía con orgullo y firmeza.

—Juá, juá, juá —rió burlescamente una elegante gata angora—. Qué nombre más adecuado para un gato tan destartado —agregó estirando sus orejas aristocráticas. Después dio un respingo de sorpresa al comprobar que hablaba y que lograba comunicarse con Rosalía.

—No se burlen de nuestro bueno de Pellejín, porque gracias a él podemos entendernos —comentó Rosalía sentenciosa y con más misterio que nunca.

Nadie podría haber adivinado por qué le brillaban tanto los ojos a la enigmática Rosalía. Podrían postularse

cuatro alternativas para explicar tan extraño brillo:

1. Locura
2. Magia
3. Brujería
4. Todas las anteriores

Pero lo que sucedía era más fuerte que cualquier intento de explicación, simplemente había que asumirlo, especialmente, porque se precipitaban hechos increíbles. Por ejemplo, se escuchó desde el descanso de la escala a cinco gatos pardos con el lomo con manchas irregulares, quienes cantaron a coro:

*—Michimichimau, qué alegría,  
con el gato mojado ya somos cien,  
porque en la casa de doña Rosalía  
ha llegado el vagabundo de Pellejín!*

Pellejín se lamió una patita para sacarse otro poco de agua. También se dio un sacudón y ahí sí que saltaron las gotas por todas partes, salpican-

do a diestra y siniestra a cuanto gato estaba cerca.

—Epa, ten más cuidado. ¿Es que nadie te ha enseñado modales? —le reprochó la gata angora, que había sido apenas untada por un par de minúsculas gotas de agua.

—Lo siento, gatita. ¿Cómo te llamas? —preguntó, amistoso, Pellejín.

—Milena —contestó la gata angora rápidamente, para que jamás se olvidara de un nombre tan bello como el suyo.

—Milena, qué lindo nombre tienes. Vengo de la lluvia y tú estás aquí al calor de la estufa. Tú sabes que hace un par de días con sus noches que llueve y llueve en la ciudad... toda esa agua ha caído sobre mi lomo.

Los demás gatos miraron a la gata angora con notorio enfado, sobre todo al verla tan egoísta. Eran tantos los gatos que se fueron juntando en el salón, que no se sabía de dónde aparecían. Había tres sobre un sillón de felpa, cuatro instalados sobre una repisa, una veintena dormitando alrededor de la estufa y

otra treintena bajando por la escala para investigar a qué se debía tal escándalo. En un rincón, cerca de la ventana, había una camada con cinco gatitos negros de orejas blancas; dos gatas gordas y satisfechas de la vida se paseaban cerca de la otra ventana, tratando de saltar sobre el dintel para observar desde allí el jardín mojado, pero no se atrevían de tan gordas que estaban.

Rosalía se quedó observando con orgullo a su gran familia gatuna. Trabajaba para ella, se lo pasaba comprando alimentos y leche, cuánta leche, cajas y más cajas; si había pocillos por todas partes.

—Ahora, a cenar —anunció con entusiasmo Rosalía y se fue a la cocina para regresar muy pronto con un gran saco con alimento en forma de pescaditos. Lo fue repartiendo a través de una gran cantidad de tiestos diseminados por el salón y los gatos corrieron a los distintos lugares donde la mujer depositó la comida. Era divertido ver a todos los gatos cabeza gacha, comiendo con

las colas paradas y balanceándolas como si fueran matamoscas.

—Pellejín —llamó la gata angora con su voz aterciopelada y cuidadosamente delicada, casi coqueta.

—Dime, Milena —le contestó Pellejín, que ahora se veía más gordo con su pelambre seca.

—¿Me perdonas por mis tonteras? —agregó la gata entornando los ojos.

—Claro que te perdono. Si estoy feliz con tantos amigos juntos.

Rosalía escuchó a Pellejín y sonrió con emoción. De pronto, los cinco gatos pardos y de manchas en el lomo estiraron la cabeza y como si fueran lobos mirando la luna, comenzaron la siguiente serenata:

*—Michimichimau, qué alegría.  
¡Hurra por doña Rosalía, la gentil;  
por ella somos una gran familia,  
sin olvidarnos de Pellejín!*

## *El caballo Manolo*

### *Artículo 7:*

*Todo animal de trabajo tiene derecho a una limitación razonable del tiempo e intensidad del trabajo, a una alimentación reparadora y al reposo.*

**EL CABALLO MANOLO** llegaba a la feria muy temprano, arrastrando el carretón cargado hasta el tope con cebollas, lechugas, tomates, coliflores, repollos, acelgas, zapallos, y porotos verdes y granados. De vez en cuando, el caballo se resbalaba en el pavimento mojado, haciendo restallar las herraduras. Entonces, para afirmarse y para que no se le volcara la pesada carga, abría un poco sus cuatro patas, pero de inmediato sentía un latigazo sobre el lomo con el que el conductor parecía decirle *Manolo, pon más cuidado con lo que haces, que si vuelcas el carretón me dejarás en la ruina.*

A esa hora de la mañana, algunos feriantes se hacían bromas y tomaban café, mientras que otros armaban ordenadamente sus puestos de verduras, frutas, papas y abarrotes. Todavía faltaba para que llegaran los vecinos con sus bolsas de género y los carritos recubiertos con mallas de alambre a comprar los alimentos para sus hogares. De pronto, se escucharon los primeros sones del organillo interpretando un valsecito antiguo. El vendedor de sandías y melones se quedó un momento detenido, como película en pausa, y después suspiró profundo por no se sabe qué recuerdos que le trajo la música.

Unos perros ladraron al mono de chaqueta roja, que rápidamente buscó refugio en el hombro del organillero. Cuando eso sucedió, el caballo Manolo paró sus largas orejas peludas y permaneció tenso, pues no le simpatizaban para nada esos animales, que cada vez que recorría las calles salían a su encuentro ladrándole y tratando de mordisquearle los tobillos. El caballo Manolo prefirió

ignorarlos y concentrarse en los sones del organillo, que después interpretó una alegre canción mexicana. Pronto la melodía fue apagada por los gritos de los vecinos que ya habían iniciado el recorrido por la feria y por las voces de los feriantes anunciando sus productos.

El lugar se tornó muy entretenido con tanta gente comprando, cosa que al caballo Manolo poco le interesaba. Su preocupación era otra. Estiró un poco las patas, que tenía acalambradas por la inactividad, intentando capturar unas hojas de lechuga abandonadas en el suelo. No las podía alcanzar porque estaba atado al tronco de un árbol. Tampoco tenía mucha movilidad, porque aparte de la cuerda en los costados, llevaba sujetas dos varas que sostenían el carretón. Entonces bufó molesto, agachó la cabeza y esperó las largas horas que faltaban para que concluyera la feria. Ni siquiera podía alimentarse. Cómo le habría gustado saborear esa lechuga situada a pocos centímetros y que no podía alcanzar.

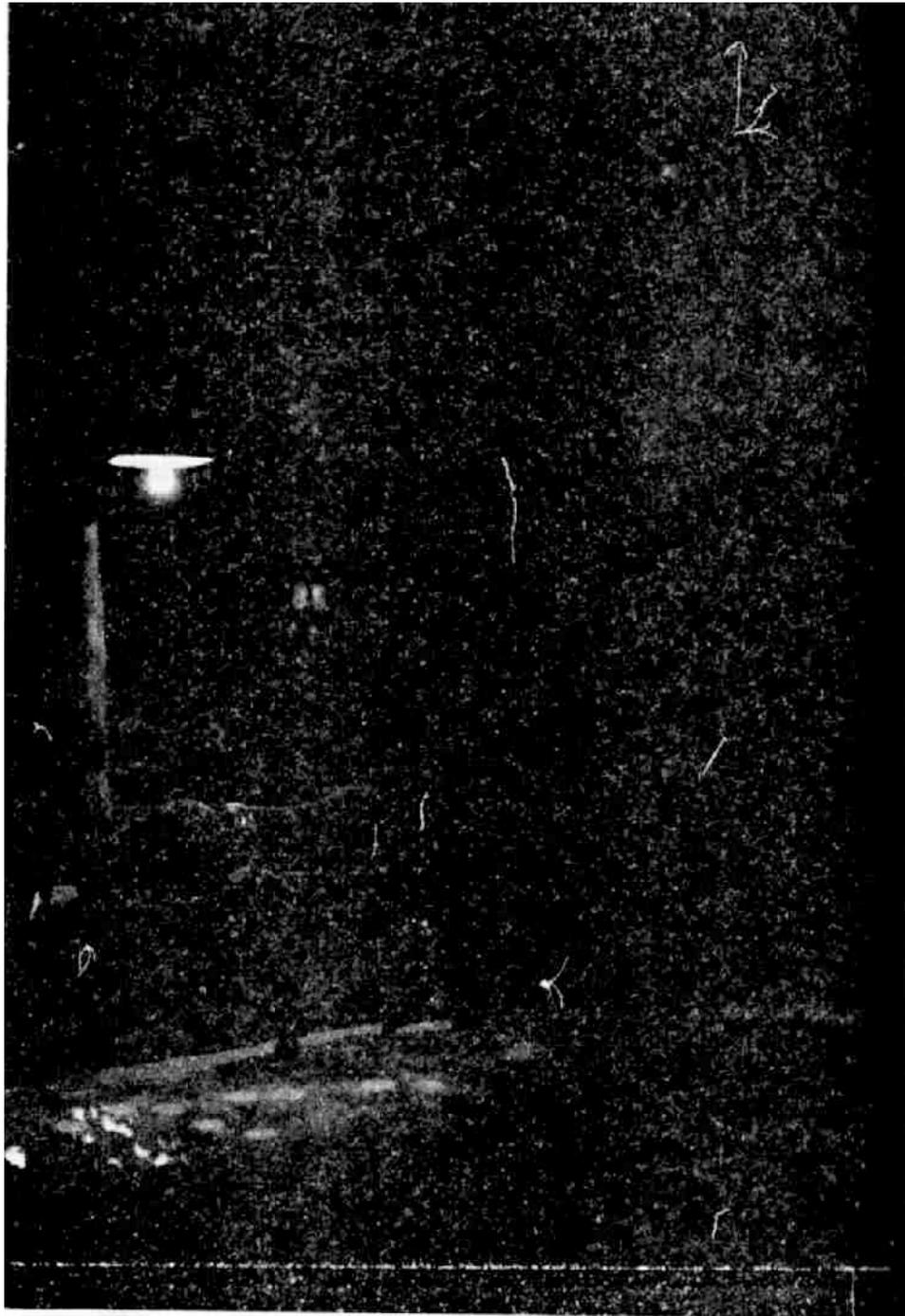
Cuando terminó la feria, volvieron a cargarlo con las verduras que no se vendieron. A esa hora de media tarde, el caballo Manolo sentía sed y hambre, mucha hambre. Nadie se había acordado de darle un poco de pasto, a nadie se le había ocurrido pasarle esas jugosas hojas de lechuga que tanto empeño había hecho por alcanzar, porque nadie nunca pensaba en él. Salvo cuando echaban toda la verdura en el carretón, después de un par de huascazos, con lo que señalaban que debía emprender el regreso, que era largo y trabajoso, siempre igual.

Cuando ya estaban en la casa del hombre que lo golpeaba con la huasca, este, después de guardar las verduras, lo dejaba amarrado a un poste en un sitio en semiabandono y le echaba un poco de pasto para que, como buen caballo que era, se alimentara. Allí permanecía hasta que muy temprano, en el siguiente amanecer, el hombre, sencillo y silencioso, extrañamente silencioso comparado con los que veía a menudo en la feria, le

ajustaba a los costados de su lomo las varas del carretón, ya cargado hasta el tope con verduras y partían a otro barrio, a otra feria.

El hombre tenía una familia numerosa. El caballo Manolo jamás logró saber cuántos eran los hijos de su amo, sólo los divisaba de lejos. "No se acerquen al caballo, que los puede patear", advertía la mamá a los niños y ellos, desde cierta distancia, lo observaban con un dejo de temor.

Una mañana, el caballo escuchó en la feria que alguien llamaba al hombre silencioso: "Don Manolo, don Manolo, qué lindo es su caballo, ¿por qué no le da un poco de agua? Don Manolo, tome este lavatorio con agua, que el caballo debe tener sed". El caballo Manolo ladeó un poco la cabeza y reconoció a la mujer que vendía papas al lado del puesto del hombre silencioso. El caballo sabía que la mujer siempre lo observaba amarrado al árbol. El hombre silencioso agradeció sólo con un gesto. Era tan parco para todo. Si ni siquiera ofrecía a viva voz sus



verduras como lo hacían los demás, los que llegaban casi al escándalo con sus gritos. Entonces el hombre se acercó a Manolo, le acomodó el lavatorio lleno de agua fresca y le hizo un inesperado cariño en el lomo. Después se alejó sin decir media palabra, pero enseguida regresó con un par de deliciosas lechugas y se las colocó muy cerca para que el caballo las alcanzara y se las comiera.

El hombre y el caballo llevaban muchos años juntos, por lo que se esperaba que tuvieran una buena comunicación, pero no era así.

Sin embargo, tras el episodio del lavatorio con agua y las hojas de lechuga, todo cambió.

Lo que más le gustó al caballo Manolo fue que el hombre silencioso le hubiera acariciado el lomo por primera vez en toda su vida, además de que ambos tenían el mismo nombre. Ahora, presentía que el hombre silencioso de una vez por todas lo iba a tratar mejor. A veces los hombres son más torpes que crueles y no se dan cuenta de los tratos

que le deben dar a los caballos como él, pensó Manolo; no en vano le había puesto su mismo nombre, algo no dicho había en este silencioso vendedor de verduras. Entonces, al caballo Manolo le mejoró el humor y se entretuvo mirando al mono de chaqueta roja, que tomaba unos papelitos de la suerte mientras el organillero comenzaba su primer valsecito de la mañana.

### *Max y Betsy, dos ratas de laboratorio*

#### *Artículo 8:*

*La experimentación animal que implique un sufrimiento físico o psicológico es incompatible con los derechos del animal, tanto si se trata de experimentos médicos, científicos, comerciales, como toda otra forma de experimentación. Las técnicas alternativas deben ser utilizadas y desarrolladas.*

**NUNCA** COMPRENDIÓ con claridad que su hogar fuera una caja de vidrio y que pequeños reflectores le iluminaran el lomo cada vez que se asomaba por entre los cartones y trozos de género donde dormía. Tampoco le agradaba que de vez en cuando le pincharan un muslo y que por tal causa le subiera tanto la temperatura, para después sentir ese curioso desgano y mucho sueño. Reconocía que le daban alimento, pero

era tan raro y sabía tan mal. Se moría por tener la oportunidad de roer un buen trozo de madera para así desgastar sus dientes. Como se puede apreciar, su vida era bastante rutinaria, poco agradable y lo que es peor, parecía no tener posibilidades de cambiar.

Hasta que un día todo fue distinto, pues repentinamente llegó a su hogar —si es que se podía llamar de ese modo a la caja rectangular de vidrio donde vivía— una ratita blanca con pequeñas manchas pardas en el lomo. Cuando ella vio a Max, que así se llamaba el habitante de ese lugar, se asustó mucho, por lo que se ocultó bajo un montón de trapos.

—¿Por qué te asustas conmigo? ¿Qué te he hecho? Si tan sólo soy un ratón blanco como tú, salvo las manchas que tengo en las orejas y que mi cola es un poco más gris que la tuya —le dijo Max para tranquilizarla.

—Es que no sé lo que me puede pasar aquí. Yo vivía en una colonia de numerosas ratas blancas. Éramos tantas

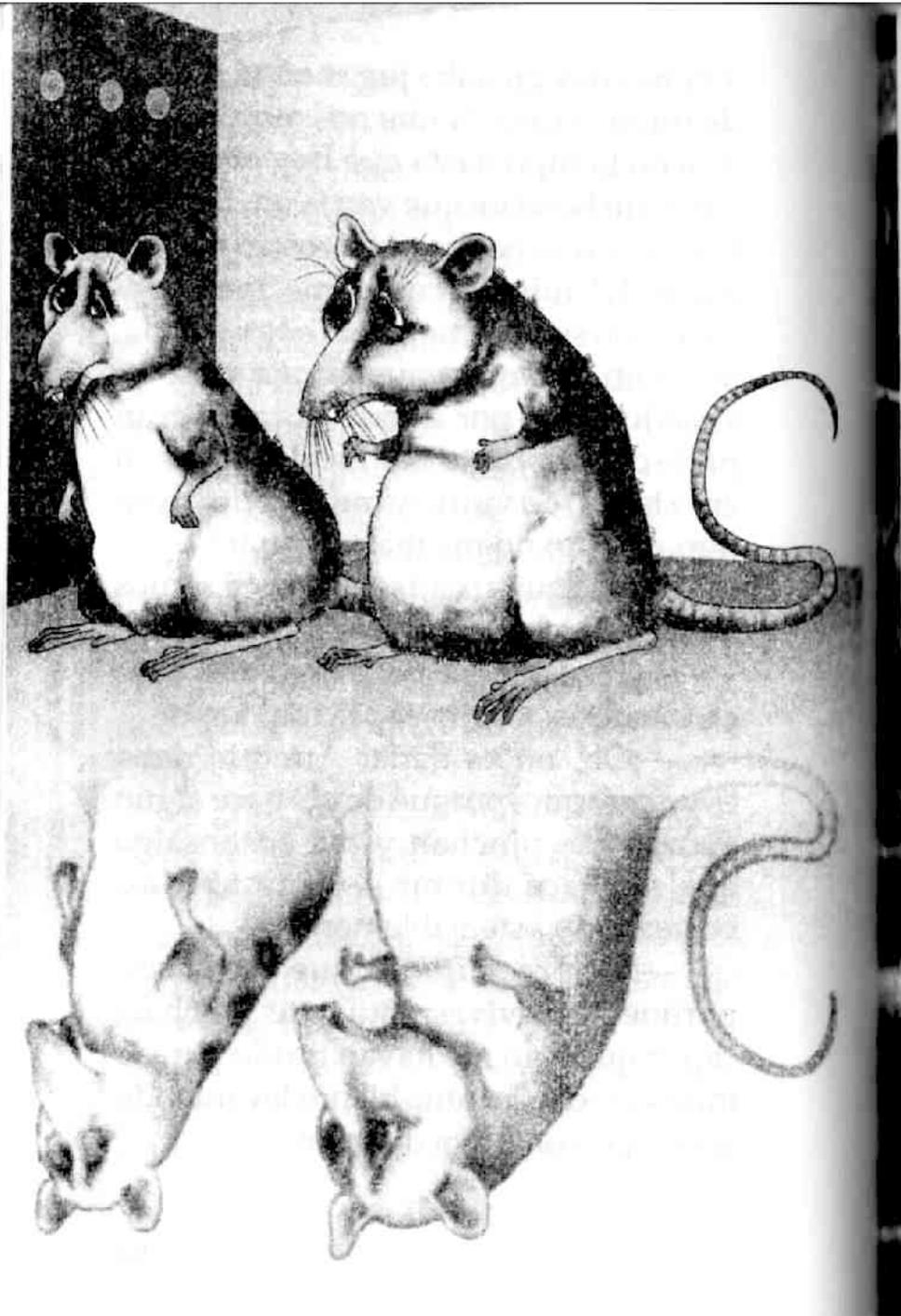
y cómo nos gustaba jugar en el aserrín de nuestra casa. Nadie nos molestó por mucho tiempo hasta que hoy en la mañana, un hombre que vestía un delantal blanco y que ocultaba su rostro tras un paño del mismo color, me tomó del lomo con su enorme mano enguantada, me echó en una pequeña caja y así he viajado no sé por dónde durante gran parte del día, hasta que me descargaron en esta caja de vidrio y me encontré contigo. ¿Cómo no me iba a asustar?

—Tranquila, nada te haré. Si somos de los mismos.

—¿Pero, por qué tienes los muslos tan pinchados y te falta el pelo del lomo?

—¡Oh, no es nada! Aunque debo estar enfermo, porque desde hace algún tiempo me pinchan y me echan algo que me hace dormir —contestó Max, bostezando ostensiblemente.

—Me preocupa lo que me dices, porque si tú vives aquí y te pinchan, capaz que a mí me hayan traído para lo mismo —dijo la ratita blanca levantando las orejas con preocupación.



—No lo creo. Ya te conté que hacen eso porque parece que estoy enfermo. No es tu caso. A mí me dicen Max, ¿y a ti, cómo te llaman, ratita?

—A mí me llaman MX-12. Es un nombre muy extraño, ¿no lo crees? Pero todos los de mi casa eran MX, aunque le agregaban a cada uno números distintos.

—Ten paciencia que ya te pondrán un nombre más bonito. Cuando yo recién llegué acá me decían MR-4. Recuerdo que en aquel tiempo yo estaba sano y jugaba todo el día. Parece que cuando enfermé se encariñaron conmigo y me apodaron Max. Discúlpame, no quiero seguir hablando, me siento muy débil y lo único que me importa por ahora es dormir; lo siento.

—Está bien, no te preocupes por mí. Te cuidaré mientras duermes. Pero mira cómo tienes la piel, si parece que se te cayera a pedazos, pobrecito.

MX-12 era una ratita muy activa y simpática. Después de que Max se durmió se dedicó a recorrer el rectángulo

de vidrio. Se metió en el interior de una rueda que giraba en la medida que ella se desplazaba. Era un juego nuevo y le resultaba muy divertido. De tanto jugar, se cansó y con algún esfuerzo se zafó de la rueda y se recostó sobre un montón de virutas. Cuando no pudo vencer el sueño, cerró los ojos con cierta dificultad, porque un foco la localizó y le iluminó el rostro. A pesar de que tenía los ojos cerrados, percibió una luminosidad molesta. Quiso saber qué estaba sucediendo y con mucho esfuerzo abrió los ojos de nuevo y encandilándose, apenas pudo distinguir la figura gigantesca de un hombre vestido de blanco, de lentes gruesos con marco negro y un paño que le embozaba el rostro desde la nariz hasta el mentón. Era un hombre muy parecido al que antes la había atrapado en la colonia de ratas y la había descargado dentro de la casa de Max. Pero tenía tanto sueño que volvió a cerrar los ojos y no le importó lo que le pudiera suceder. Entonces, se le mezclaron las cosas y no supo que el extraño la tomó por el lomo con su mano

enguantada y la depositó sobre una balanza. Después, le revisó los dientes, le tocó la pancita, le examinó las pupilas y ella forzó los ojos, abriéndolos para colaborar, mientras él anotaba en una tablilla de apuntes. Enseguida, el hombre tomó de una mesa de metal una enorme jeringa, succionó un líquido azulino desde un pequeño frasco y se lo inyectó sin más a MX-12. La ratita dio un brinco por el dolor y chilló hasta más no poder. Poco a poco sintió que le faltaban las fuerzas y se durmió pesadamente. Antes, en su estado de somnolencia, escuchó que un hombre repetía: "Todo va bien con MX-12. Pulso normal, buena sangre, no tiene complicaciones de salud, la dosis proporcionada ha sido la adecuada. De ahora en adelante se llamará Betsy, ¿qué les parece?". Después, escuchó un par de carcajadas que se fueron perdiendo como si hubieran sido descargadas en un cordón montañoso y el eco se hubiera ido debilitando entre las quebradas hasta desaparecer completamente en una inmensidad desconocida.

Cuando la ratita despertó, se encontró de nuevo en la caja de vidrio y cerca de ella había abundante comida. Vio que Max todavía dormía y notó que su respiración era convulsiva, como si estuviera obstruida. La ratita no resistió más y lo despertó, pues presentía que el ratoncito tenía una terrible pesadilla; además, le interesaba despertarlo porque le quería contar lo que le había sucedido recientemente. Lo remeció y le dijo:

—Max, despierta, ya has dormido demasiado. Mira cuánta comida tenemos.

—Hola, MX-12. No tengo hambre, discúlpame, quisiera seguir durmiendo, es que me siento muy mal —le contestó el ratón Max y volvió a recostar su cabeza en el suelo.

—Te sentirás mejor si comes. Vamos, ánimo —insistió la ratita blanca.

—MX-12, hazlo tú, que después yo me alimentaré, una vez que despierte del todo. Ah, cuánto sueño tengo.

—Oye, no me llames más con ese horrible nombre de MX-12, ahora me puedes decir Betsy, ¿te gusta?

Cuando Max escuchó el nuevo nombre de la ratita se sobresaltó y abriendo los ojos con desmesura le preguntó qué le había pasado. La ratita le contó lo que pudo y le dijo que no estaba tan segura de si todo había sido sueño o realidad. Aunque de lo que realmente estaba segura era de que la habían llamado con el bello nombre de Betsy.

—¿Betsy? Es un nombre muy lindo, pero... ¿cómo te sientes?

Cuando Max dijo esto se levantó con dificultad y se acercó a la ratita Betsy para escuchar mejor su respuesta:

—Estoy un poco cansada y con algo de sueño; lo más curioso es que recién me había despertado y ya quiero volver a dormir, algo muy parecido a lo que a ti te pasa.

—¿Qué más, Betsy?, ¿qué más?

—Me duele un poco una pierna. Como si me hubieran pinchado. ¿Sabes, amigo Max? Creo que es buena idea dormir un momento. Yo te acompañaré, después comemos.

Los ratoncitos de laboratorio se quedaron completamente dormidos, uno junto al otro, casi ovillándose, como si con aquel gesto se aprestaran a descansar mejor y dormir y dormir. Por eso no supieron que al poco rato, el mismo hombre de los lentes grandes y marco negro, que se embozaba el rostro con un paño blanco, los había tomado a ambos y los había vuelto a pinchar. Esta vez fue algo que les provocó todavía más sueño. Después, el hombre estuvo largo rato observando unas muestras en el microscopio, mientras que a los ratoncitos los regresó a la madriguera de vidrio. Ellos dormían a pesar de tanto traslado y pinchazos, inocentes frente a los afanes de los seres humanos y hasta del transcurso de sus propias vidas.

## *El pavo Jacinto*

### *Artículo 9:*

*Cuando un animal es criado para la alimentación debe ser nutrido, instalado y transportado, así como sacrificado, sin que de ello resulte para él motivo de ansiedad o dolor.*

**ESTABA CLARO** que los animales de la granja no lo querían y que por eso permanentemente lo expulsaban del corral. La razón era muy misteriosa para el pavo Jacinto. Tanto era el rechazo que provocaba, que llegó a pensar que todo se debía a que los pavos estaban condenados a no ser aceptados por los demás animales. Era muy notoria la antipatía que despertaba en el corral. ¿Y por qué sucedía todo aquello?

Ojalá Jacinto lo supiera. Eso sí, podía hacer una lista de los muchos casos de persecución que había sufrido. Por ejemplo, jamás le faltaba el picotazo del

pato de cuello blanco sobre el lomo o, lo peor, el ataque de los gansos, que graznaban y abrían las alas con escándalo para asestarle certeros picotazos. Entonces, el gordo pavo corría con enorme dificultad para refugiarse detrás de un sauce que descolgaba sus ramas hasta casi topar el suelo. Mientras tanto, las gallinas abanicaban sus cortas alas para reunir a sus polluelos y apartarlos de un lugar tan agitado.

De tanto pensar en su problema, un día Jacinto descubrió que los que más lo castigaban eran los plumíferos similares a él. Es decir, las aves de corral, ya que a otros que se jactaban de sentirse libres, como los zorzales, los gorriones, las tencas, las diucas y hasta los chincoles y jilgueros que de vez en cuando asomaban por allí, les era indiferente lo que sucedía en el corral. Tampoco demostraban antipatía los caballos, las vacas ni los burros. Seguramente, ellos tendrían sus propios problemas, porque ni siquiera se le acercaban.

—Jacinto, Jacinto, ¿qué te han he-

cho, compañero? Que pille a alguno de ustedes castigando a Jacinto. Lo que pasa es que son todos unos envidiosos —amenazó el granjero blandiendo una mano al aire en un gesto que demostraba su enojo.

Jacinto observaba desde el sauce todo cuanto estaba sucediendo y le parecía muy confuso. Descubrió que las demás aves del corral no perdían detalle de lo que a él le pasaba y cómo no, si siempre lo estaban persiguiendo. También reparó en que el granjero lo llamaba permanentemente, más que a los otros animales, con la intención de alimentarlo. ¿Cómo no iba a aceptar los deliciosos granos que el hombre le lanzaba mientras mantenía a raya al resto de las aves, que se retorcían de rabia por no poder disfrutar del alimento tan agradable que recibía el pavo Jacinto?

Durante las tardes de diciembre, las aves del corral comenzaron a experimentar mucho calor. Por eso se lo pasaban con el pico estirado o enterrándolo en las bateas con agua fresca; ya

nadie resistía las altas temperaturas de ese verano. Pero el calor no era lo único que les preocupaba. La experiencia les ayudó a recordar que todos los años en esa misma temporada los seres humanos se comportaban de un modo muy extraño. Por ejemplo, andaban de muy buen humor, escuchaban canciones que hablaban de pinos acicalados con luces de colores, los niños escribían largas cartas pidiendo regalos a un anciano de barba blanca, botas negras y vistoso traje rojo. Se vivía una tradición que provenía de países muy lejanos, donde durante aquella misma temporada, lejos de hacer calor, la nieve lo cubría todo con su frío manto blanco. Eso lo sabían las aves de boca del gato, que como se pasaba en la casa de los seres humanos, veía televisión y escuchaba conversaciones permanentemente. A Jacinto le redoblaron la alimentación, aunque esto no produjo ninguna sorpresa a los animales del gallinero.

De pronto, el pato de cuello blanco, que se lo pasaba chapoteando en el

agua de un pequeño estanque, recordó algo que hizo que se le pusieran las plumas de punta. Un año antes hubo otro pavo, que desapareció justo en la época en que empezó a hacer ese calor y en que la gente se volvía loca preparando fiestas y ornamentando pinos con luces de colores. El pato, muy asustado, se fue a los gallineros y con quien primero habló fue con el señor Gallo, que comprendió todo rápidamente, por lo que alertó a sus gallinas, a los pollitos y especialmente a los gansos para que corrieran la voz. En el corral se escuchó un terrible grito de espanto: "¡Se acerca la Navidad!" Sabían que para esa fecha cualquiera de ellos podía ser víctima de una cena de Nochebuena. Claro, los únicos que podían estar a salvo eran el señor Gallo, los pollitos, el pavo real, que se sentía el adorno del corral y las gallinas ponedoras, que por sus ricos huevos no las tocaba nadie. Pero el primero que caería sería el pavo Jacinto. El pato de cuello blanco lo vio todo tan claramente que gritó:

—¡El pavo Jacinto, el pavo Jacinto!

Su grito resonó con escándalo en los oídos de todos los animales, los que, sin excepción, experimentaron mucha vergüenza. Ahora se explicaban todos los privilegios y cuidados brindados al pobre pavo. ¡Lo estaban engordando para la cena de Navidad!

—¡Hay que salvar al pavo Jacinto! ¡Hay que salvar al pavo Jacinto! —caca-reó o quiquiriqueó, si se pudiera decir, autoritario el señor Gallo y de inmediato todo el corral se puso en guardia y en acción.

Las gallinas, con santa paciencia picotearon la base de las rejas que protegían los corrales. Los gansos se pusieron en guardia y prometieron atacar a quienquiera que osara acercarse al corral. El trabajo de las gallinas parecía inútil, pues sus picotazos no le hacían mella al suelo duro que rodeaba las rejas; el granjero había instalado un pequeño muro de cemento para que los perros no escarbaran y así evitaba que se comieran a las gallinas. Por eso

decidieron pedir ayuda a los caballos, que comprendieron rápidamente los aprietos por los que pasaban las aves y, especialmente, el pobre pavo Jacinto.

Mientras, el pavo Jacinto observaba a cierta distancia a las aves del corral, que parecían enloquecer. Aparte de andar corriendo de un lado para otro, lo más inexplicable de toda esa locura era que ahora lo miraban con una sospechosa simpatía y hasta le brindaban dulces sonrisas, ¡incluso lo hacían los gansos, que siempre eran tan agresivos! Sin resistirlo más, el pavo Jacinto se acercó al pato de cuello blanco y le preguntó por qué tanto alboroto.

—Es por la Navidad, amigo pavo, y la Navidad es lo peor que le puede suceder a un pavo como tú.

Muy inocente, el pavo insistió:

—¿Acaso la Navidad es una peste para los pavos como yo?

—¡Nada menos que la peor peste para un pavo! —exclamó el pato de cuello blanco y se fue aleteando para apurar al caballo, que se acercaba a las

rejas con una parsimonia que exasperaba a cualquiera.

¿Entonces la Navidad es la peste para los míos?, pensó con preocupación el pavo Jacinto. ¿Me contagiare con algo? ¿Qué será de mí? Eso se preguntaba cuando escuchó un estrépito en las rejas. El caballo había dado un par de coces a la alambrada, dejando un orificio por donde podía salir sin grandes dificultades cualquier ave que así lo quisiera.

Y el pato de cuello blanco aprovechó para acercarse de nuevo al pavo:

—Pavo Jacinto, debes huir antes de que sea demasiado tarde. En un par de días llegará la Navidad y para entonces no tendrás escapatoria.

—¿Me lo dices por la peste del pavo?  
—preguntó con inocencia Jacinto.

—Si así le quieres llamar a la Navidad, allá tú. Pero, apresúrate, huye al campo, que allá encontrarás alimentos. Tendrás a mano muchas semillas y te aseguro que allí nadie te hará daño. Amigo pavo, quién lo diría, por primera



vez serás libre. Espera, ¿sabes?, yo te acompañaré, porque capaz que los seres humanos piensen que "a falta de pavo buenos son los patos".

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué tienen que ver los seres humanos con todo esto?, no los ofendas que ellos son muy buenos conmigo; de lo contrario, no me habrían alimentado del modo como lo han hecho hasta ahora.

—¿Cómo puedes ser tan pavo?

—Pero si soy un pavo, ¿qué otra cosa quieres que sea?

—Ya, basta, que me exasperas, huyamos de una vez por todas. No hagas que pierda la paciencia.

—Pero echaré de menos a todo el corral, aunque se hayan portado tan mezquinos conmigo; son mi única familia.

—Olvídalo, pavo. Verás que en el campo tendremos otros amigos.

El pato de cuello blanco y el pavo acinto salieron por el orificio y todas las aves del corral los despidieron con entusiastas vivas. Se pavoneaba el pavo

Jacinto por el camino; nunca pensó que sería tan popular. Y el pato pataleaba con algunos problemas sobre la superficie dura del suelo, pues estaba acostumbrado a los charcos, a las aguas del pequeño estanque donde braceaba a su antojo durante todo el día de todos los días. Caminaron durante un considerable tiempo por el campo y el pavo Jacinto siempre esperó con mucha paciencia al pato.

Cuando se hizo la noche acamparon a la orilla de una vega, lugar ideal para un pato, aunque incómodo para un pavo, pero el que dirigía la exploración era el pato de cuello blanco y eso lo explicaba todo. Después se recostaron en la hierba para descansar, contemplando el cielo estrellado. De pronto, en el confín del universo se cruzó una estrella fugaz. El pato de cuello blanco apuntó al cielo con una de sus alas y le dijo al pavo Jacinto:

—Mira el cielo pavo Jacinto, qué bello está. Oh, ¿viste la estrella fugaz? Es como el lucero de Belén. ¡Ya es No-

chebuena! Es el momento en que el hijo de Dios va a nacer y en todo el mundo reinará la paz y el amor. Amigo pavo, mañana será Navidad y eso sí es gran cosa, porque mirada desde la libertad de este lugar es más simpática, incluso para nosotros que somos animales, pues estamos lejos de los seres humanos.

El pavo Jacinto, al escuchar la palabra Navidad cerró los ojos aterrorizado y no quiso observar la bella luminaria que surcaba el cielo aquella noche de verano, tan serena y transparente.

—No temas, amigo, que aquí en la libertad del campo la Navidad jamás será un peligro para ti. Y te puedo asegurar que no hay cosa más bella que la Navidad; lo que pasa es que los seres humanos la afean con sus tonteras, pero aquí nada nos pasará.

El pavo Jacinto no entendió nada de lo que le decía el pato de cuello blanco. Nunca comprendía nada. Era más inocente que un sorbo de agua cristalina proveniente de una fuente de los montes. Por eso, tal vez, el pavo

Jacinto cerró los ojos y se durmió con mucha rapidez. También reconoció que se sentía muy bien allí, que todo le agradaba, que la brisa fresca de la noche acariciaba sus plumas, que los grillos cantaban verdaderas canciones de cuna, que el cielo era un enjambre de luces titilantes, como esos pinos de los que hablaban los seres humanos y que adornaban sus casas. Además, sabía que mientras él descansara, un pato de cuello blanco velaría su sueño y que la vida le ofrecería una nueva aventura a partir del próximo día. Nada menos que desde un día que era nombrado con esa palabra tan llena de magia: Navidad. Una palabra que siempre le resultaría una mezcla de secretos agrados y de temores incomprensibles.

*¡Llegó el circo!*

**Artículo 10:**

*Ningún animal debe ser explotado para esparcimiento del hombre. Las exhibiciones de animales y los espectáculos que se sirvan de animales son incompatibles con la dignidad del animal.*

**L**OS NIÑOS salieron a la calle alertados por el ruido de los altoparlantes. No era para menos, pues el Circo de Animales de los Hermanos Temple había llegado al pueblo. Era un circo asombroso, donde los números más atractivos los proporcionaban, naturalmente, los animales. Ellos se lucían mucho más que los trapeceistas, los malabaristas, los magos, los fakires come fuegos y los infaltables payasos; por algo era el mejor circo de animales del que se tuviera conocimiento.

Uno de los artistas que más usaba animales era el Mago Halabí. Memorables eran sus números en los que de

su sombrero de copa salían palomas y de los bolsillos de su elegante frac aparecían conejos blancos; también de su maletín surgían las serpientes, que se elevaban al compás de una flauta.

Por otra parte, los trapeceistas se desplazaban de una punta a otra usando cuerdas tensadas; con sus saltos casi topaban la parte superior de la carpa, lanzándose de un punto a otro sin perder el equilibrio. Lo más novedoso del número era que lanzaban al mono Chispitas, un tití brasileño que vestía una maya de color amarillo y que prácticamente volaba por el aire, y se desplazaba de un balancín a otro como si estuviera en plena selva amazónica. Los payasos disfrazaban a un chimpancé y le colocaban una nariz de pelota de color rojo y un traje marinero, además de un gorro amarrado al cuello. Eso estaba bien para los payasos, pero para el mono no tanto, puesto que recibía la mayoría de los golpes, que siempre dolían un poco, por más que fueran de mentira y después fuera compensado con los aplausos del

respetable público.

Los payasos montaban un caballo poni al que le ponían bototos; el público creía que era muy chistoso ver al animal dar zancadas dificultosas en la pista del circo. Mientras, los perros saltaban a través de aros de fuego, las focas jugaban fútbol; los leones se encaramaban sobre pisos de hierro y brincaban pasando por rodelas adornadas con banderillas de distintos colores; varios burros rebuznaban cada vez que escuchaban el sonido de una trompeta; ¡unas tortugas competían en velocidad con indiferentes caracoles!; los payasos, teatralmente, se acostaban con pijamas, roncando ruidosamente al lado de unos lirones; los loros cantaban óperas de Verdi, y los monos bebían café a la vez que leían el diario usando gruesas gafas y fumaban copiosamente, atosigándose con el humo, lo que hacía que la gente riera de buena gana. Así era el Gran Circo de Animales de los Hermanos Temple; en otras palabras: ¡Un circo sensacional de animales artistas!

Cada vez que el circo llegaba al pueblo, la gente agotaba las entradas. Por supuesto que a las funciones jamás faltaban Daniel ni sus amigos, pues cuando se hablaba de animales allá estaban ellos.

En una ocasión, Daniel entendió que algo no andaba bien en el circo. Todo surgió a raíz de su especial cariño por los caballos. Al niño nunca le simpatizó que a los ponis les pusieran bototos. Si bien todos reían con esa ocurrencia, a él le parecía una crueldad, pero no se lo confesó a nadie para no recibir una burla por causa de sus sentimientos. En la actuación, un poni caminaba con bastante dificultad y hacía lo imposible por zafarse del ridículo calzado; mientras tanto, los payasos le golpeaban las ancas para que apurara el tranco. Un payaso que estaba vestido de vaquero disparaba en todas direcciones con sus pistolas a fogueo. Después, el caballito levantaba las orejas y abría los ojos aterrorizado; el pobre animal caminaba con tanta dificultad en esos ridículos boto-

tos, que provocaba la risa descontrolada de todo el público.

Al día siguiente, cuando todavía no empezaba la función, Daniel decidió investigar y ver cómo se encontraba el pobre poni. Se metió entremedio de los camiones que trasladaban a los animales. Por los ruidos descubrió que a algunos no sólo los trasladaban en esos grandes vehículos, sino que permanecían allí, en la oscuridad y con poquísimo aire. La gente del circo no se daba el trabajo de mantenerlos afuera. Cuando Daniel oyó el relincho del poni, se arrastró con suma cautela por entre las ruedas de uno de los camiones. Allí estaba el animal con el domador que el día anterior regalaba sonrisas, hacía reverencias y lucía un impecable traje dorado, largos mostachos y unas botas relucientes que le llegaban casi a la rodilla. Pero ahora vestía jeans gastados y una polera sucia, a palos obligaba al poni a hacer reverencias y a levantar sus patas delanteras. Daniel quiso salir en defensa del pequeño caballo, pero no

se atrevió por temor a que el hombre también lo castigara a él.

Atardecía cuando regresó a su casa. Su papá llegó comentando que en el pueblo esperaban con entusiasmo la última función del famoso Circo de Animales de los Hermanos Temple. Nadie quería perderse el espectáculo. Tampoco lo haría Daniel; sería su última oportunidad para ver actuar al caballo poni. Pasaría un año hasta que pudiera reencontrarse con él. El niño le rogó a su papá que le comprara un boleto y la verdad es que su petición no resultó tan trabajosa, porque a Daniel lo mimaban muchísimo.

Era una típica tarde de domingo de pleno verano. Una de esas tardes doradas, de cielo limpio y fresca brisa con olor a jazmín. El mejor momento para ir al circo, como pensaron Daniel y sus amigos.

—Señoras y señores, respetable público —anunció el animador vestido con elegante frac y botas de brillante charol—. El Gran Circo de Animales de

los Hermanos Temple tiene el agrado de presentar ante ustedes a la increíble Elefanta Micaela, capaz de subirse en un diminuto taburete y levantar sus livianos pies de bailarina para realizar unos pasos de *El lago de los cisnes*, del compositor ruso Tchaikovsky.

La elefanta Micaela salió a la pista muy acicalada con un cintillo color rosado que terminaba en una coqueta roseta, luciendo en sus patas delanteras alegres pulseras de cuentecillas multicolores. El público aplaudió a rabiar y algunos rieron por el detalle del cintillo y la roseta. La verdad es que eran muchos, pero muchos kilos de elefante tratando de subir al minúsculo taburete y a la mayoría esa escena le provocaba una mezcla de suspenso y diversión. Todos estaban pendientes de la caída del animal, para después soltar una desfachatada carcajada. Más divertido se puso todo cuando entraron a la pista dos payasos vestidos de enfermeros. Uno afirmaba un enorme botiquín, notoriamente construido con plumavit

y el otro, llevaba una tremenda caja de pomada que decía en su etiqueta "Anticaídas". Era una caja tan grande que apenas se la podía. El público comenzó a aguantar la risa y no quiso hacer ruido cuando supo que la elefanta debía saltar desde su estrecho taburete a otro de base tan mezquina como el anterior. Se escuchó un redoble de tambores al mismo tiempo que la elefanta Micaela pareció temblar al mirar el pequeño taburete donde debía saltar.

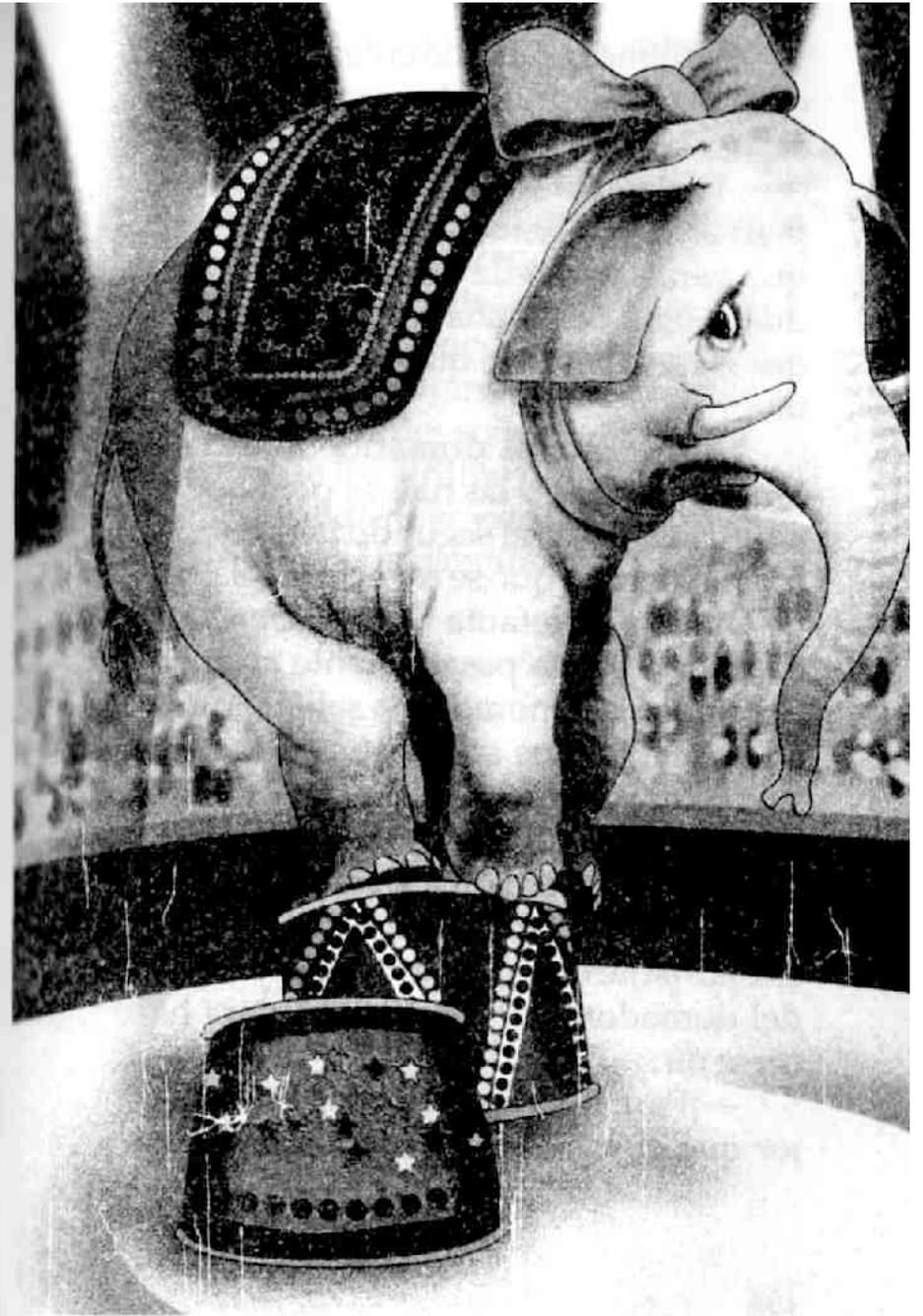
¿Cómo llegar allí sin caerse? ¿Qué gracia tenía todo eso? ¿Por qué la gente se divertía mirando situaciones ridículas de los animales?, pensó Daniel. Por segunda vez vio las cosas de diferente modo. *A los animales los castigan para adiestrarlos*, concluyó en silencio, imaginando cuánto habría sufrido la elefanta Micaela para poder enfrentar un número tan difícil como aquel. Mientras se hacía esas preguntas, recordó al pequeño poni tratando de sobrellevar sin errores el ensayo antes de la función.

Pero algo estaba pasando con la elefanta Micaela, pues se negaba a subir al

primer taburete, tal vez temiendo que no podría llegar al segundo. Se quedó sin que nadie la pudiera sacar de ese estado, por más que retumbaran los tambores. Como nada de lo anunciado por el animador resultaba, la gente comenzó a impacientarse y se escuchó un buuuh en todo el circo. Las pifias en contra de la elefanta fueron tantas, que el domador y el maestro de ceremonias se hicieron un gesto significativo y alguien fue a buscar un palo con un punzón de acero. El domador lo tomó y se acercó a la elefanta Micaela. Le acarició una pierna y con mucho disimulo le dio un puntazo en las costillas; el dolor provocado le hizo estirar la trompa y levantar sus pesadas patas. De inmediato se reanudó el teatral redoble de tambores. Cuando todavía la elefanta tenía sus patas en el aire, el domador, con mucha rapidez, le puso el taburete justo abajo, para que las descansara ahí. Pero faltaba lo más difícil. ¿Cómo hacer que con otro salto encaramara su pesado cuerpo sobre la mínima superficie y permaneciera allí todo el tiempo necesario? La gente

no respiraba debido al interés de ver al animal cumplir con un número tan difícil. Entonces el domador se puso detrás de la elefanta y con un certero golpe le punzó el trasero. La punta del fierro traspasó la dura piel del animal y la elefanta Micaela dio un brinco, logrando sostenerse en el taburete con su pesado cuerpo estremecido, buscando equilibrios imposibles. Después, todo pareció paralizarse. Como si la vida se hubiera interrumpido. Daniel sufría en su asiento y no participaba de esa entretenición. La elefanta Micaela, instalada en el taburete, se estremecía tratando de no perder el equilibrio.

—Señoras y señores, respetable público. Ahora, nuestra querida Micaela hará la operación más difícil. Esto será increíble, ya lo verán. Les aseguro que esta actuación debería figurar como un récord Guinness. Pongan mucha atención, que Micaela pasará de este taburete al otro, aún más pequeño. Será como si una montaña se equilibrara sobre la punta de una aguja, ¡esto se los digo sin ninguna exageración!



El público aplaudió enfervorizado la ocurrencia del animador, pero el redoble de tambores acalló los aplausos. Mientras, la elefanta Micaela, a duras penas, permanecía sobre el primer taburete. Lo que venía para ella era una operación difícilísima. Se notaba por sus ademanes que no se atrevía ni quería pasar al otro taburete.

De pronto, el domador le dio un feroz puntazo en las nalgas para que se animara a pasar al segundo taburete. Al mismo tiempo que se escuchaba el grito de Daniel, la elefanta Micaela perdía el equilibrio y caía pesadamente al suelo. El público, asombrado, no sabía si mirar a la elefanta, que se debatía en la pista sin poder pararse o a Daniel, que lloraba con desconsuelo. El niño salió del lugar y corrió en dirección a su casa, pero en el camino alcanzó a escuchar por los altoparlantes muchos aplausos y la voz del domador, que casi gritaba para hacerse oír:

—¡Para olvidar las penas nada mejor que el sano humor de los payasos!

¿Han visto alguna vez un caballo con bototos?

La gente le respondió con una sonora carcajada. *Ahora le va a tocar al poni*, pensó Daniel y se le apretó el pecho con una tristeza muy grande.

Eso sucedió durante una tarde de verano como lo puede ser cualquier tarde de un típico domingo de vacaciones, una de esas tardes soñolientas donde las plantas de los jardines se ven lustrosas, recién regadas y se percibe el inconfundible aroma del jazmín.